

Cuéntanos

Cuéntanos

I Concurso de Cuentos Interculturales

Área de Servicios Sociales
Unidad de Inmigración

Instituto de Estudios Almerienses

DIPUTACIÓN DE ALMERÍA | 2007

Colección: Letras
Serie: Narrativa. Nº 17

Cuéntanos

I Concurso de Cuentos Interculturales

© Textos: los autores

© Edición: Instituto de Estudios Almerienses
www.icalmerienses.es

Promueve: Áreas de Servicios Sociales

Unidad de Inmigración. Diputación de Almería

ISBN: 978-84-8108-390-3

Dep. Legal:

Diseño y maquetación: M^a Isabel Muñoz

Ilustraciones: M^a Isabel Muñoz

Imprime: Imprenta Provincial

ÍNDICE

PRÓLOGO _9

ÉL MEDICO DE IMOUZZER _13

Mónica Sánchez Fernández

Segundo premio. 4ª categoría (más de 25 años)

UN MUNDO DISTINTO _25

Begoña Bailina Pérez

Primer premio. 1ª categoría (11 a 15 años)

EL FORASTERO _31

Isabel María Bonachera Martín

Segundo premio. 1ª categoría (11 a 15 años)

EL DÉCIMO DE LOTERÍA _37

María del Carmen López Eduarte

Accésit. 4ª categoría (más de 25 años)

UNA HISTORIA EMOCIONANTE _43

Raiza Génesis Yagual

3^{er} premio. 1ª categoría (11 a 15 años)

CARTA A UNA COMPLETA DESCONOCIDA _50

Verónica Garre López

3^{er} premio. 2ª categoría (16 a 19 años)

SOÑE Y ME QUEDÉ CORTA _60

Natalia Palet Bert

Accésit. 1ª categoría (11 a 15 años)

VIAJE FLOV _65

Abdellatif Akhmissi

2º premio: 2ª categoría (16 a 19 años)

LA ESENCIA **_69**

Jennifer Ortega Torres

Accésit: 1ª categoría (11 a 15 años)

INMIGRÓ LAURA A PERÚ O TEMIÓ ENCONTRAR
XENOFOBOS COMO NOSOTROS **_77**

María Inmaculada Salmerón Gil

Accésit: 2ª categoría (16 a 19 años)

LA MAR DE SALIDAS **_83**

Carmen Belén Fenoy Gázquez

1º premio. 3ª categoría (20 a 25 años)

LA SONRISA DE IBRAHIM **_91**

María Montoya Galera

Accésit. 4ª categoría (más de 25 años)

UNA VIDA ENTRE BARROTOS **_99**

Cristina Khouri Mallot

1º premio. 2ª categoría (16 a 19 años)

DEFINICIÓN **_105**

Antonio Guerrero Ruiz

3º premio. 4ª categoría (más de 25 años)

RECUERDOS DE NADIRA **_111**

Fernando Tuvilla Rayo

1º premio. 4ª categoría (más de 25 años)

PRESENTACIÓN

La publicación de este volumen de cuentos supone la materialización de todos los cuentos premiados del I concurso de cuentos interculturales es una de las actuaciones que se han desarrollado en el año 2006 desde el Programa de Sensibilización de la Unidad de Inmigración del Área Servicios Sociales, orientada a la consecución y creación de un espacio que favorezca el encuentro, el conocimiento, el respeto y la convivencia entre culturas, y, por tanto, favoreciendo los esfuerzos para una sociedad abierta, plural e intercultural que es una de las principales características de la sociedad del siglo XXI.

Para ello nada mejor que partir de los procesos de creación y de las propias sensibilidades de las personas implicadas en este volumen que formará parte de una colección de cuentos, creados desde la participación ciudadana, y donde anualmente se contribuirá a sumar las aportaciones y los mensajes que transmitan valores destinados a irradiar convivencia, cooperación, solidaridad, no-discriminación, inclusión social, pluralismo y todos los valores de la sociedad intercultural que llegara a ser realidad con el esfuerzo de todos.

Por todo y ante todo, muchas gracias a todas y todos los que, por vuestra generosidad y brindan la oportunidad de compartir con todos vuestros mensajes.

José Añez Sánchez
Presidente de la Diputación de Almería

PRÓLOGO

Si buscáis ser felices y no sabéis cómo, os invitamos a acariciar estas páginas nacidas de un proyecto intercultural de sensibilización en el ámbito provincial almeriense, impulsado por la Diputación de Almería a través de la Unidad de Inmigración y titulado *Cuéntame tu mensaje*.

Las letras escritas desde el corazón de personas de diferentes culturas y procedencias, gritan, susurran, sueñan, lloran, ríen, hablan de generosidad, tolerancia, solidaridad, bondad,... y amor. Amor de enamorados, amor de padres y madres, amor de amigos, AMOR. Y seguro que todos nosotros, cuando sentimos amor y bondad hacia los demás, ayudamos a desarrollar nuestra felicidad y la paz empieza a brillar en nuestro interior.

El eje motivador, *Cuéntame tu mensaje*, es acertado y consigue su objetivo, unir culturas, unir a las personas a través de la elaboración de este libro y de cada relato que configura su totalidad. La idea, estupenda por otra parte, ha sido acercarse a la psique humana y al corazón para abrir la llave de la interculturalidad y así producir una explosión donde se fundan las personas de diferentes razas o culturas, poniendo, como medio para alcanzarla, la vivencia de valores rescatados del olvido que ya mencionamos.

Y es que –como dice Pascuala Morote– *la literatura traspasa barreras espaciales y temporales y representa la expresión más íntima y directa de hombres y mujeres procedentes de diferentes puntos geográficos que nos hacen llegar sus sentimientos [...], sus creencias religiosas, sus ritos, sus historias en forma de cuento[...]. Esto lo hacen pasar por el tamiz de su cotidianidad, que de manera inconsciente los conecta con lo universal, formando parte así de una única cultura*¹.

¹ GÓMEZ LÓPEZ, N. y PEDROSA, J. M., *Las voces sin fronteras: didáctica de la literatura oral y la literatura comparada* (Universidad de Almería: Servicio de Publicaciones: 2003), p. 9.

Efectivamente, es curioso observar cómo, en estos quince cuentos, aflora la subjetividad de los autores a través de sus palabras escritas, catarsis de los miedos o fantasmas ocultos, y se desvanece, al comprobar que su mensaje se transforma en colectividad, en una voz global o universal de autores que no se conocen entre ellos. Y al final parecen decir: *somos iguales, a pesar de parecer diferentes, queremos amar y ser amados (Nibuin igbala²)*, y acaban casi todos sus cuentos con la esperanza de que *seremos felices*, aunque tengamos que “aceptar sus costumbres, a pesar de no ser aceptado” (*Definición*, de Antonio Guerrero Ruiz).

Los relatos sienten la realidad y viajan hacia la ficción; se devanean entre el cuento y el ensayo, a veces; crean metáforas tan sumamente estéticas como “Viajar hasta la orilla de la abundancia”, “Hijo, no dejes que el viento ciegue el pozo. Yo sé que hay agua. Dime que seguirás buscándola” (*La sonrisa de Hibrabim*, de María Montoya Galera); “El cielo se tensa ante mis ojos” (*Una vida entre barrotes* de Cristina Khouri Mallot); o “la hipnótica caja de veinticinco pulgadas” (*Recuerdos de Nadira* de Fernando Tuvilla Rayo). Y buscan otros recursos estilísticos recordando la literatura de tradición oral, como por ejemplo, en el mencionado cuento de Fernando Tuvilla Rayo, *Recuerdos de Nadira*, donde encontramos referencias al mito, “Como Eva”; a la leyenda, “Deseo de sirena”; al cuento de animales, “Los ancianos cuentan historias de Shertat: un animal que al igual que los demás animales, habla y se relaciona con los humanos”; al placer lúdico del acertijo, “...Jugando a los acertijos”; o al cuento paralelo de *La madrastra caníbal* (aunque en nuestro relato es un supuesto hijo caníbal que después disiente) *perteneciente* al Tipo folclórico catalogado con el nº 720 por Aarne-Thompson³, *El árbol del enebro o My Mother Slew Me; My Father Ate me⁴*.

Estos cuentos, como todos los universalmente conocidos, tienen un *porqué*. Quizás, la respuesta podría estar –como dice J. M. Pedrosa de la Universidad de Alcalá – en la lógica de la imaginación, que tiene unas reglas que nos acercan a las teorías antropológicas ya desarrolladas por antropólogos como Marcel Mauss. Nos referimos a la Teoría del Don, del Bien Limitado o del Otro.

La teoría del Don podría ayudar a comprender el encuentro de culturas y desechar el conflicto, porque intenta demostrar que el ser humano es “el humano que dona”, y que existen varios tipos de dones, el cultural, el económico, el religioso, el político, etc. Todo sería un pacto de dones y de ellos nacerían los relatos. Cuando damos algo, el otro don debe ser equivalente, pero no idéntico. El conflicto (o el pecado) se asocia al hecho de recibir más bienes que los que se dan (de ahí la soberbia, la intolerancia, la avaricia,... que también reflejan los relatos de

² Véase el cuento, incluido en este libro, de Fernando Tuvilla Rayo, *Recuerdos de Nadira*.

³ Aarne-Thompson, *The Types of the Fol. Tale* (Helsinki: F.F. Communications, nº 184, 1964).

⁴ La naturaleza de esta tradición es casi puramente oral. Existen versiones esporádicas en África del Norte y del Sur, en Australia y entre los informantes de color negro de Louisiana. Véase GÓMEZ LÓPEZ, NIEVES, *Cuentos de transmisión oral del poniente almeriense* (Ayto. de Roquetas de: Mar: 1998), pp. 241-253.

nuestro libro). El héroe será el que da más bienes que los que recibe, como le pasa al protagonista de uno de los cuentos de este libro, titulado *Definición*, del autor A. Guerrero Ruiz, quien dice: “Encontré una manera de ser imprescindible para ellos, puedo decir incluso que les salvé la vida. Entonces empezaron a respetarme por primera vez desde que llegué a este país [...], porque yo tenía algo que ellos necesitaban”.

La Teoría del Bien Limitado también se podría aplicar a estos relatos interculturales (relatos ascendentes y horizontales) para lograr la hibridación o el sincretismo al que aspiramos en nuestra sociedad y al que, en buena manera, contribuye este proyecto plasmado en el género cuentístico. Por no extendernos, obviamos desarrollar esta teoría, pero sí invitamos a los lectores a consultarla.

Con respecto a la Teoría del Otro, plasmamos aquí las palabras escritas del ya nombrado profesor Pedrosa⁵ (la idea es que nos sirvan de reflexión): *A la filosofía occidental le costó siglos [...] convencerse de que las grandes preguntas que se planteaba [...] podrían formularse de un modo algo más práctico: qué lugar ocupan los otros [...] en el mundo, y cómo el conocimiento de los otros puede ayudarme a conocer a mi mismo yo. [...] Sin el otro no hay ningún yo, y el yo es como es en función de las relaciones que mantenga con el otro. Cuando cambia el otro o el comportamiento del otro, cambia el yo y mi comportamiento y, por tanto, el acercamiento al otro debe constituir una etapa intermedia indispensable para cualquier conocimiento del yo.*

Los cuentos de este libro han utilizado a cada uno de sus quince artífices para transmitirse hacia el futuro, convirtiéndolos en portavoces de las leyes naturales, de la búsqueda del equilibrio, del paraíso, de la felicidad. Los relatos intentan buscar la armonía entre las personas, explicar el mundo como un intercambio de dones que favorezcan a nuestra comunidad y a nosotros mismos; enseñan a donar, recibiendo un poco menos, con lo cual se favorece la armonía, la identidad.

No queremos concluir sin expresar una opinión compartida con Alfredo Rodríguez López-Vázquez, catedrático de la Universidad Da Coruña, quien afirma que la nueva crítica debería de contribuir *a mejorar esta sociedad, a afinar la forma de mirarla y de mirarnos, pues para saber hay que contemplar y para contemplar hay que mirar atentamente, devotamente*⁶.

Por último, queremos felicitar esta propuesta de la Diputación y a los autores de este libro, a los que deseamos muchos lectores con entusiasmo por la integración, amor por el otro y por la literatura.

Nieves Gómez López

Miembro del I.E.A

Profesora Titular de la Universidad de Almería

⁵ PEDROSA, J. M., *Bestiario* (Madrid: Medusa Ediciones, 2002), p. 353.

⁶ GÓMEZ, N., NÚÑEZ, G. y PEDROSA, J. M., *Folclore y Literatura oral. Ensayo de historia, poética y didáctica* (Granada: Grupo Editorial Universitario, 2003), p. 9.

EL MÉDICO DE IMOUZZER

Mónica Sánchez Fernández



Hacía frío y una espesa niebla cubría cualquier cosa situada más allá de cinco o seis metros de la vista. La calle estaba aún dormida. La única luz visible en aquel oscuro amanecer procedía del Hotel Royal, un moderno edificio de tres plantas que albergaba a los escasos turistas de Imouzzer al Kandar. La mayoría de ellos se topaba con el pequeño pueblo de manera accidental, al no conseguir alojamiento en la cercana Fez. Pero, a pesar de llegar hasta aquel villorrio casi sin desearlo, no eran pocos los que sucumbían al encanto de sus callejuelas estrechas y sus hospitalarios vecinos y a la belleza de las verdes montañas circundantes.

Así le ocurrió también a Julio Andrade Soler, un joven médico madrileño, que dejó atrás su cómoda vida occidental para trabajar en Marruecos. La relación de Julio Andrade con Imouzzer comenzó en mayo de 1980, durante su viaje de fin de carrera. Él, entonces estudiante, y sus compañeros realizaron un recorrido en autobús por Marruecos en el que tuvieron la oportunidad de conocer de cerca tanto los paraísos turísticos como la vida cotidiana del reino alauita. La mezcla de sensaciones que el país le presentó, caló tan hondo en el muchacho, que cuando unos años después, la vida le golpeó tan duro que le dejó casi sin respiración. Decidió que sólo allí, podría curarse las heridas del alma y continuar viviendo.

Los motivos del joven para abandonar su prometedor futuro como cirujano en Madrid nunca estuvieron totalmente claros para la mayoría de sus conocidos. La 'versión oficial', la que contaron los que más le apreciaban para evitarle comentarios y dolores innecesarios, aseguraba que el carácter del brillante doctor se volvió taciturno e irascible tras la repentina muerte de sus padres, a los que estaba muy unido, en un accidente automovilístico. Pero sus íntimos de verdad sabían que, tras sufrir esa tragedia, Julio fue agredido por un nuevo varapalo del destino

que le provocó la necesidad de huir para reencontrarse a sí mismo. Este doloroso golpe tuvo como protagonistas a su novia, Sandra, y a su único hermano, Alberto, a quienes descubrió en su propia cama al regresar a casa antes de tiempo, tras una guardia nocturna.

La visión de aquellos dos cuerpos entrelazados, abandonados al sueño tras gozarse mutuamente, en una actitud que se adivinaba cotidiana, destrozó el corazón y las entrañas del joven médico. El engaño por parte de las dos personas a las que más quería en el mundo y la ruptura del sueño de formar una familia con la única mujer que había amado hasta entonces, lo sumieron en un estado de letargo, del que le costó recuperarse.

Tras unos meses de lágrimas y angustia, en los que se sintió tan solo que no le hubiese importado dejar de existir. Una mañana se despertó con la sensación de haber descansado bien, por primera vez en mucho tiempo. El dolor comenzó a alejarse despacio, mientras una especie de llamada interior le conminó a salir cuanto antes de la cárcel existencial, que él mismo se estaba construyendo.

Los recuerdos amables del pasado recobraron su espacio en el corazón del joven, así como la pasión que siempre había sentido por el ejercicio de la medicina y por ayudar a los más necesitados. Y al unirse todos esos sentimientos en uno, Julio Andrade vislumbró con claridad su futuro como médico en un país tercermundista, que bien podría ser Marruecos, en donde había vivido tan agradables sensaciones tiempo atrás.

Llevaba ya tres años en Imouzzer al Kandar, tan ocupado y satisfecho que no echaba de menos ningún aspecto de su vida anterior. Lo que aún no sabía es que aquella mañana de primavera, tan fría que parecía todavía invernal, el destino le reservaba una sorpresa que le iba a confirmar que su futuro estaba allí, en aquel pequeño pueblo marroquí cercano a la imperial Fez.

Como hacía todos los días desde que se instalara en Imouzzer, el médico se levantó temprano y se dirigió a la cafetería del Hotel Royal. Aunque era un gran amante de la gastronomía local, se resistía a renunciar a ciertas costumbres europeas. Y una de las que consideraba más placenteras era lo que él denominaba el 'desayuno de hotel', un pequeño capricho que le retrotraía a otras épocas, en las que disfrutaba con delectación de los buffets matinales de los hoteles en los que se alojaba en sus frecuentes viajes. El desayuno del Royal comprendía una exquisita oferta de varios tipos de pan, tostado o sin tostar, para untar con mantequilla, mermelada o miel; dulces diversos; huevos preparados en forma de tortilla, fritos o cocidos; fiambres; bacón y salchichas a la plancha; yogures; quesos; zumos naturales de frutas; café y té, entre otros manjares que alegraban las mañanas de Julio.

El joven entró en el hotel y escogió una mesa desde la que se divisaba la desierta calle a través de una ventana. Mientras se aprestaba a degustar unos huevos

revueltos acompañados con pan francés, pudo observar cómo la quietud impetrante se rompía con la aparición, casi fantasmagórica, de dos hombres cubiertos por gruesas chilabas de lana marrón, que avanzaban con paso cansino. El lento y pesado caminar de aquellas dos figuras dotaba de mayor irrealidad aún al conjunto de la calle envuelta por la niebla. De pronto, el silencio se rompió con la monótona letanía del almuédano, que llamaba a los creyentes a la oración desde la única mezquita de Imouzzer, situada al final de la calle. La niebla la ocultaba a la vista e incluso amortiguaba el sonido de la voz del muecín, hasta el punto de que el cántico parecía proceder de otra dimensión.

A Julio, la quietud de la escena le recordó, por un momento, un amanecer similar acaecido unos meses antes. En aquella ocasión, la niebla también parecía envolver el pueblo con su manto de frío y silencio. Pero entonces, la calma no la rompió la familiar llamada del almuédano, sino la repentina aparición de una caravana de modernos todoterreno que disputaban un rally. Imouzzer era uno de los puntos elegidos como final de etapa, y las potentes máquinas y toda la parafernalia que se movía a su alrededor invadieron por unas horas la tranquilidad del lugar, ofreciendo al espectador un llamativo contraste entre el mundo occidental, con su despliegue de medios para que unos pocos afortunados disfrutaran del banal placer de la competición deportiva, y la pobreza de la región, en la que apenas estaban cubiertas las necesidades más básicas de los lugareños.

El delicioso aroma de unos huevos revueltos y de un zumo de naranjas recién exprimidas devolvió a Julio a la realidad. Tras degustarlos con glotonería, el camarero le sirvió un café con leche, con el que pensaba dar por concluido su desayuno de aquel día, que parecía no querer amanecer. Con el estómago lleno y el ánimo dispuesto a enfrentar una nueva jornada, Julio abandonó el Hotel Royal y se dirigió a su consulta. La casa que la albergaba constaba de dos plantas de reducidas dimensiones y estaba prácticamente en ruinas cuando la adquirió por unos pocos dirhams recién llegado a Imouzzer. Con el paso del tiempo, grandes dosis de esfuerzo personal y la ayuda de varios médicos y enfermeros europeos que trabajaban en aquella zona, había conseguido convertir la planta baja de aquel destartado edificio en un modesto consultorio médico, en el que nunca faltaban ni medicamentos ni material para intervenciones de urgencia. En el piso superior, además de arreglar la cubierta, habilitó una acogedora vivienda.

Aquella mañana, al acercarse a la puerta, observó que alguien había dejado un paquete. Al primer golpe de vista, Julio pensó que se trataba de un envío de medicinas que había solicitado a unos colegas españoles varias semanas atrás, por lo que apresuró el paso para abrirlo. Al ver más de cerca el envoltorio, comprobó que aquella caja de cartón no contenía medicamentos, sino un bebé cubierto por una manta de vivos colores. Julio, entre sorprendido y asustado, miró a su alrededor con la esperanza de encontrar a alguien que le dijera que ‘aquello’ no era un

niño abandonado en la puerta de una casa, como sucedía en las películas. Pero los alrededores de su casa-consultorio estaban desiertos.

Pensó en coger la caja con su contenido y llevarla a las autoridades locales para que se hicieran cargo del pequeño. Más cuando dirigió su mirada a la carita del bebé, sintió que algo se removía en su interior. Quiso disfrazar aquel sentimiento de interés profesional y decidió que su obligación como médico era proporcionar al niño una asistencia primaria completa. Y en lugar de acudir a ninguna autoridad local, entró en su consultorio y aprovechó que los pacientes aún no habían llegado para realizarle un completo chequeo, bañarle cuidadosamente, cubrirle con unas toallas limpias ante la ausencia de una indumentaria más apropiada, y prepararle un biberón con leche materna artificial, que el pequeño devoró con fruición.

Cuando el bebé, que parecía tener sólo unos días y una salud perfecta, terminó de comer y se quedó plácidamente dormido, Julio se sintió presa de una oleada de pánico. Hasta ese momento, se había comportado como debía hacerlo un médico. Lo que ignoraba eran los pasos a dar a partir de entonces. De pronto, se vio en un país extranjero, solo, y con un recién nacido en los brazos. Su sentido práctico le decía que acudiera inmediatamente a la policía, al ayuntamiento o a cualquier otra institución similar a poner en su conocimiento la existencia del pequeño. Pero un deseo de ser padre que creía olvidado le había invadido el corazón, y sin apenas darse cuenta se descubrió a sí mismo contemplando al bebé, no como un paciente más, sino como una parte de sí mismo.

Devorado por la incertidumbre, el joven médico decidió esperar a que los acontecimientos le aconsejaran qué decisión tomar. La jornada transcurrió sin incidentes, y mientras atendía a sus pacientes, intentó averiguar, por medio de preguntas indirectas que no le delataran, el origen del bebé, que dormía a pierna suelta en la habitación que utilizaba como despacho y biblioteca.

Al marcharse el último paciente, a mediodía, Julio no había averiguado absolutamente nada de aquel niño. Tras cerrar el consultorio, subió a su vivienda por la escalera que comunicaba las dos plantas del edificio. Allí encontró a Aixa, una muchacha de apenas dieciséis años, hija del panadero del pueblo, que le limpiaba la casa y la pequeña clínica tres días a la semana, y que acababa de dar por concluido su trabajo en la vivienda y se disponía a bajar al dispensario a continuar con sus tareas. Julio la saludó con afecto ya que hacía unas semanas que no se veían. Había estado ausente, en el pueblo de unos parientes, según tenía entendido, y mientras tanto se había encargado de sus tareas su hermana menor, Zaida. Tras corresponder a su cordial bienvenida, Aixa, que no parecía sorprendida al ver a Julio con un bebé en los brazos, le pidió que le permitiera acunarlo por unos momentos.

– Es muy bonito su sobrino, doctor. ¿Se va a quedar mucho tiempo con usted?

– ¿Quién te ha dicho que es mi sobrino, Aixa? –inquirió sorprendido.

– Sé que es un niño muy importante para usted porque lo abraza con delicadeza y lo mira con ternura, y como no tiene hijos, he pensado que debe ser su sobrino –le respondió Aixa con gesto inocente.

– No, te equivocas. No es mi sobrino, en realidad yo... –empezó a explicar Julio.

– Sí, doctor, es su sobrino –le interrumpió la joven con vehemencia–. Es el hijo de su hermano y de su mujer, que era marroquí, de ahí sus rasgos, y está aquí porque ellos han muerto en un desgraciado accidente.

– ¿Qué más sabes acerca de este niño, Aixa? –preguntó de nuevo el médico, que estaba a punto de desmayarse.

– Sé que usted lo va a ir a recoger a Tánger y que se va a hacer cargo de él porque tiene un gran corazón. Si no lo tuviera, no habría venido a este rincón del mundo dejado de la mano de Dios a ayudarnos con su sabiduría y sus consejos. Y también sé que usted sabrá darle a ese pequeño todo el cariño que se merece –concluyó la joven con un nudo en la garganta antes de bajar a la consulta para reanudar allí sus quehaceres.

Y Julio, mudo por la sorpresa, sintió a un tiempo el desasosiego de sentirse abocado a una responsabilidad para la que no estaba seguro de estar preparado, y la certeza de que Yusuf, como acababa de bautizar al pequeño, se iba a convertir en el centro de su vida.

Para dar verosimilitud a su historia, el médico partió esa misma noche hacia Tánger con el bebé, intentando que nadie lo viera, no sin antes dejar un cartel en la puerta del consultorio que advertía de su ausencia durante unos días por motivos familiares. Tras disfrutar de una semana de vacaciones en la bella ciudad norteña, en donde compró todo lo necesario para Yusuf y realizó sus primeros ejercicios prácticos como padre, regresó a Imouzzer y contó la historia del niño tal y como Aixa se la había relatado a él pocos días antes.

Esa versión fue también la que le reveló al pequeño cuando tuvo la edad suficiente como para empezar a hacer preguntas. Desde el primer momento, Julio supo que aquel niño era la pieza que hasta entonces había faltado en su engranaje vital. Padre e hijo construyeron un mundo propio, plagado de gestos cómplices, y abierto a todos aquellos que quisieron compartirlo.

El médico, consciente de la importancia de la educación para poder comprender las complejidades de la vida y del mundo, inculcó a Yusuf conceptos de los dos mundos a los que pertenecía, con el propósito de que la realidad del pequeño llegara a ser tan rica como lo era la suya propia. Y el niño, movido por su propia inteligencia natural y por los estímulos recibidos de su padre, creció absorbiendo como una esponja todo ese saber, hasta convertirse en un joven culto y con una personalidad noble y entregada.

Cuando Yusuf estaba a punto de cumplir dieciséis años, Julio le compró un ordenador para que pudiera utilizarlo en cualquier momento, sin tener que depender de que estuviera libre el suyo. Navegar por Internet se había convertido en una gran pasión para el adolescente, que se manejaba a la perfección en los dos idiomas hablados en Marruecos, el francés y el árabe, y también demostraba soltura con el español y el inglés, gracias a las enseñanzas de su padre.

Una tarde, cuando acabó de repasar sus lecciones, se dispuso a matar el aburrimiento hasta la hora de la cena curioseando en la Red. Y como no estaba demasiado inspirado, lo único que se le ocurrió teclear en la ventana de búsqueda del Google fue su propio apellido, Andrade. Entre los millones de entradas que aparecieron, encontró unas cuantas referidas a su padre, entre las que se incluían varias entrevistas en medios de comunicación de todo el mundo y comentarios acerca de su labor en las webs de diferentes ONGs. Yusuf conocía la importancia del trabajo de Julio ya que eran frecuentes las visitas de médicos, periodistas y representantes de numerosas instituciones a la pequeña consulta de Imouzzer, así como los viajes de su padre a los más diversos destinos para ofrecer conferencias acerca de la práctica de la medicina en los países del llamado Tercer Mundo. La emoción le embargó por un momento, al tiempo que crecía, aún más si era posible, su admiración por él.

Y mientras avanzaba por las diferentes páginas que le presentaba el buscador de Internet, despertó su curiosidad una dedicada a alguien que se llamaba como su padre biológico, Alberto Andrade Soler, el hermano de Julio. Al abrirla, descubrió que aquella persona que tenía el mismo nombre y los mismos apellidos que quien él suponía. Su padre no sólo no había muerto hacía dieciséis años en Tánger, sino que estaba vivo y se dedicaba a la medicina en España. En un primer momento, Yusuf pensó que aquello tenía que ser una casualidad, pero su intuición le decía que había demasiadas coincidencias para que así fuera: tenían los mismos apellidos, los dos eran madrileños, ejercían la misma profesión...

Esa noche, durante la cena, Yusuf le comentó a su padre lo que había descubierto en Internet. Y Julio, que era consciente de que tenía que llegar el día en que su hijo conociera sus verdaderos orígenes, tomó aire dispuesto a mantener una larga conversación con él. El médico comenzó explicándole quienes eran sus verdaderos padres y como se habían desarrollado los acontecimientos para que se convirtiera en su hijo adoptivo. Al parecer, tras aquella enigmática conversación con Aixa acaecida dieciséis años atrás, Julio tomó la decisión de hacerse cargo del pequeño sin hacer demasiadas preguntas. Pero las respuestas le llegaron solas poco después, a través del padre de la joven, Ahmed. El anciano panadero se acercó una mañana a la consulta con el pretexto de padecer un dolor en la espalda. Y cuando el médico le ordenó que se desnudara para reconocerle, Ahmed le expresó su profundo agradecimiento por ocuparse de su nieto y le confesó la necesidad que sentía que su benefactor conociera la verdad.

—Su generosidad nos ha librado de la vergüenza y el deshonor, doctor —empezó diciendo el panadero—. El pequeño Yusuf es fruto de los amores prohibidos de mi hija Aixa con un extranjero, pero no un extranjero como usted, que sólo ha traído bien a nuestro pueblo, sino uno de aquellos arrogantes pilotos de coches de carreras que nos visitaron hace poco más de un año, ¿los recuerda?

—Sí, claro que los recuerdo. Pero, ¿está usted seguro de lo que dice? Porque aquellos pilotos apenas estuvieron un día en Imouzzer —replicó Julio.

—Un día es tiempo más que suficiente para deshonar a una inocente y a toda su familia. Mi hija se creyó las mentiras que le contó aquel canalla, que le aseguró que la iba a sacar de la miseria de este lugar y la iba a convertir en una reina. Y se entregó a sus deseos sin pensar en sí misma ni en los que la queremos —recordó con amargura.

Ahmed continuó su relato con la voz entrecortada, unas veces por la rabia y otras por la tristeza, y le contó a Julio que cuando la barriga de Aixa empezó a dejarse notar y se enteró de lo que la joven había hecho, deseó matarla con sus propias manos.

—Pero la quiero demasiado —prosiguió sin poder contener las lágrimas—. Y pensé que la única solución que teníamos para poder seguir viviendo entre los nuestros era ocultar su embarazo y entregar al pequeño a una buena persona que le diera lo que nosotros nunca íbamos a poder darle. Fue entonces cuando pensé en usted, doctor, que siempre ha demostrado una gran generosidad de corazón con todos nosotros. Para ocultar su estado, mandé a Aixa a las montañas, con mi hermana Laila, hasta que nació el pequeño. En esa época, la limpieza de la casa y la consulta se la hizo mi hija pequeña, Zaida, ¿se acuerda? Y cuando Aixa regresó con su pequeño, lo mantuvimos oculto hasta encontrar un momento propicio para traérselo a usted. La oportunidad surgió aquella mañana en la que la niebla lo cubría todo. Como sabíamos que usted siempre desayuna en el hotel, aprovechamos ese momento para acercarnos hasta aquí. La niebla nos permitió hacerlo sin que nadie nos viera. El resto ya lo sabe usted —desveló Ahmed.

Fue así como Julio se enteró de todos los pormenores del nacimiento de Yusuf, y así también fue como se los explicó al adolescente, que no podía dar crédito a lo que oía.

—Entonces, ¿tú no eres nada mío, no eres mi tío, no tenemos lazos de sangre? —preguntó con desolación.

—No, hijo, no tenemos ningún vínculo biológico. Pero no nos hacen falta. El amor que existe entre nosotros basta. Además, legalmente, eres mi hijo adoptivo a todos los efectos —respondió Julio con calma.

—Supongo que tienes razón. Yo no conozco otro padre más que a ti y no creo que haya otro mejor en todo el mundo. Pero, ¿y Aixa? Ahora que sé que es mi madre, ¿cómo debo comportarme con ella?

–No te preocupes por eso ahora, Yusuf, sabrás como hacerlo cuando llegue el momento. Además, desde que se casó con su primo y fundó su propia familia, Aixa ya no viene tanto por aquí como antes. Cuando tengas la madurez suficiente, podrás hablar de todo esto con ella sin que os duela a ninguno de los dos, y tal vez ella pueda contarte algo acerca de tu padre biológico. Pero, por ahora, debes mantener el secreto para no hacer daño a esa familia. Lo entiendes, ¿verdad?

–Sí, claro, lo haré. Pero, ¿y tu hermano, el que se supone que era mi padre? Nunca le he echado de menos porque suponía que estaba muerto. Pero ahora que sé que está vivo me pregunto si podré verlo alguna vez. ¿No lo echas de menos? ¿Tenemos más familia de la que no me has hablado? –le interrogó Yusuf con la curiosidad propia de un adolescente despierto.

Julio respiró hondo antes de responder. Aunque era consciente de que ese momento también tenía que llegar, al igual que el de la confesión de los orígenes de Yusuf, no sabía si algún día iba a estar preparado para echar la vista atrás y contar su propia historia sin rencor. Pero su vida había cambiado tanto y era tan plena entonces que, cuando le explicó a su hijo los motivos que le llevaron a vivir en Marruecos, no sólo no sintió dolor, sino que el alivio se apoderó de él por poder contar lo que callaba desde hacía tantos años.

–Lo siento mucho, papá, no creo que te merecieras algo así. ¿Sabes algo de ellos? –preguntó Yusuf cuando su padre acabó de relatarle la traición de Sandra y Alberto y su decisión de ser médico en Imouzzer.

–Sí. Aunque no quería hacerles demasiado caso, antes de venir aquí escuché bastantes comentarios. Y después, me he enterado de más cosas. Tú no eres el único que navega por Internet –le reveló Julio con un guiño de complicidad–. Al verse descubiertos, Alberto y Sandra se sintieron muy culpables. Al parecer, llevaban tiempo viéndose a escondidas. No sé si se querían realmente o no, de lo que sí me enteré es de que, tras mi marcha, empezaron los problemas entre ellos. Y acabaron por separarse a los pocos meses. Ella se fue a completar sus estudios a Londres y rehizo su vida allí. En cuanto a Alberto, mi hermano, después de dar bastantes tumbos, consiguió acabar la carrera de medicina. Desde hace unos años trabaja en Madrid, en donde ha conseguido situarse y hacerse un nombre, como tú bien sabes. Creo que no se ha casado ni tiene hijos, así que no tenemos más familia directa.

Yusuf escuchaba las explicaciones de su padre con atención, dispuesto a no perderse ningún detalle de aquella larga confesión. Pero, desde hacía ya un buen rato, una nueva pregunta le rondaba la cabeza.

–¿Por qué lo hiciste, papá?

–¿Marcharme de Madrid? Ya te lo he explicado, porque mi vida había perdido su sentido y yo necesitaba darle uno nuevo.

–No, no quería preguntarte eso. Me refiero a mí. ¿Por qué te quedaste conmigo? Yo no era nada tuyo, ni siquiera Aixa y Ahmed lo eran. Y tú estabas solo, en

un país extranjero, con un recién nacido. ¿Por qué lo hiciste? ¿Hay algo más que deba saber? ¿Había algo que te obligara a hacerlo y que todavía no me has dicho? ¿Me compraste o algo así? –inquirió Yusuf con un dejo de inquietud en la voz.

–No, hijo, no te preocupes, no hay ningún secreto más. Ya lo sabes todo –le tranquilizó Julio–. Entiendo que te parezca extraño que un hombre en mis circunstancias se hiciera cargo de un niño pequeño. Pero nada ni nadie me obligó, sólo el ánimo de hacer un favor. Desde el principio comprendí la desesperación de Aixa, su vergüenza, la angustia de ser una mujer deshonrada. Yo la iba a condenar a una vida miserable si no la ayudaba. Nadie más podía hacerlo. Las cosas aquí, por desgracia, todavía son así, y tendrá que pasar mucho tiempo para que cambien. Además, –continuó– debo reconocer que no me movió sólo un sentimiento solidario. Desde el primer momento en que te vi, supe que te iba a querer muchísimo, que ya eras parte de mí. Siempre quise tener hijos y estaba seguro de que los tendría con Sandra. Sin embargo, su engaño me quitó las ganas de buscar otra pareja estable y de crear una familia. Cuando vine aquí, además, mi condición de extranjero no me facilitaba demasiado el acercamiento a las mujeres, sólo a las de fuera, y ya sabes que no hay demasiadas. Pero al verte a ti en aquella caja de cartón, supe que serías mi familia.

Ante aquella declaración de principios y amor fraterno tan noble como espontánea, Yusuf se abrazó a Julio embargado por la ternura. Y mientras se dejaba llevar por la emoción del momento, vislumbró con claridad su futuro como médico de los más desamparados junto a aquel gran hombre en que se había convertido Julio Andrade, su padre, en su pequeño consultorio de Imouzzer al Kandar.

UN MUNDO DISTINTO

Begoña Bailina Pérez



Eva y Mohamed son dos chicos almerienses de cuarto de E.S.O. Su clase participa en un concurso de inventos en el que premiarán a la máquina u objeto más útil y creativo.

Tras dos semanas de intentos, Mohamed y Eva consiguieron fabricar uno, que, sin duda, revolucionaría el mundo.

- Bueno, chicos –dijo el profesor- veremos en qué consiste vuestro proyecto.

Este constaba de una cabina de cristales oscuros, de tamaño similar a las cabinas telefónicas. En su interior, un complejo sistema de cables colocados en la parte superior de la puerta, y un teclado alfanumérico que limitaba con ella.

El profesor abrió la puerta de acceso a la cabina, entró y tecleó una fecha y un lugar en el teclado.

Al cabo de unos minutos la puerta se abrió.

- Pero... ¿cómo? ¿Cómo habéis podido crear algo así! –les dijo el profesor.

- ¿No le gusta? ¿Tiene algún fallo? –preguntaron los chicos.

- ¿Qué si no me gusta? ¡Es fantástico! ¡Maravilloso! ¡Esto cambiará la historia!.

- Entonces... ¡funciona! –dijo Eva.

- ¡Pues claro que funciona! ¡He estado hablando con el mismísimo Newton!

Y es que sin saberlo, los chicos habían creado la tan esperada ¡máquina del tiempo!.

Eva y Mohamed no podían creer que su proyecto hubiera salido como lo habían imaginado. Se felicitaron mutuamente.

- ¿Y ahora qué hacemos profesor? –preguntó Mohamed.

- Sólo se me ocurre esperar. No es conveniente que anunciemos este invento

aún, porque puede presentar algunos fallos técnicos. Imaginaos que alguien decide regresar al pasado y por cualquier error de la máquina, ¡no puede volver a su presente! Hay que comprobar todo el circuito eléctrico minuciosamente.

Y así lo hicieron. Cuando se verificó el funcionamiento del invento, Eva y Mohamed pensaron en realizar un viaje.

- ¿Dónde podemos ir? –preguntó Mohamed.

- Se me ocurre que podemos ir al futuro.

- ¿Al futuro? –dijo el chico un poco sorprendido.

- Sí, al futuro. Esto es una máquina del tiempo lo cual quiere decir que podemos retroceder o avanzar en él como queramos.

Llamaron a sus padres para explicarles que iban a ausentarse de sus casas durante unos días. Seguidamente, se introdujeron en la cabina y teclearon una fecha (3006) y un lugar (Almería). A los cinco minutos, los dos chicos se encontraban a mil años de la actualidad, pero en su misma ciudad de siempre.

Todo estaba cambiadísimo. La playa estaba desapareciendo; en lugar de la alcazaba había un enorme rascacielos de ochenta plantas; el paisaje desértico que conocemos hoy en día, había sido sustituido por un gran desierto similar a los africanos. Los habitantes futuros de esa ciudad no habían evolucionado en sus rasgos humanos, pero sí en su vestimenta (la moda había pegado un giro de trescientos sesenta grados, pues no se parecía en nada a la que llevamos actualmente; el pelo de algunas chicas estaba teñido de un color que nosotros aún no hemos descubierto (una mezcla de nuestros magenta y amarillo habituales).

Pero la mayor sorpresa se la llevaron al ver que la población almeriense estaba formada en su mayoría por ingleses, franceses, rumanos, indios... pero sobre todo, por marroquíes, y es que ahora África y Almería estaban unidas geográficamente por el estrecho de Gibraltar.

Tras esta diversidad de culturas, Eva y Mohamed pensaron que el mundo sería un “caos total”, pues si en el año 2000, se habían producido miles de altercados entre españoles e inmigrantes, ¡qué sería ahora de ellos, que irremediamente tenían que compartir un mismo territorio!

Pasaron todo el día paseando por la ciudad. En ningún momento notaron hostilidad alguna entre los habitantes, aunque sí costumbres extrañas: las mujeres musulmanas, por ejemplo, ya no cubrían sus rostros con un velo, pues se sentían muy queridas y apreciadas por sus maridos, y éstos las valoraban más.

- Eva, ¿no aprecias un ambiente relajado y pacífico? –le preguntó Mohamed.

- Sí. ¿Y te has fijado en que toda la gente ha sido muy educada y respetuosa con nosotros? Muchas personas nos miraban extrañadas, supongo que por estas “ropas” que llevamos, pero en ningún caso con desprecio. En nuestros días, sin embargo, muchas personas ven a otras que visten distinto a ellas, que no tienen sus mismos gustos musicales, o simplemente, que son extranjeras y critican y rechazan.–dijo Eva.

Buscaron un lugar para dormir, pero sólo encontraron una vieja casa abandonada situada en el casco antiguo de la ciudad. Durmiendo estaban cuando escucharon un ruido extraño. Alguien se acercaba. Eva se levantó del suelo asustada. Un hombre rudo y corpulento los estaba observando.

- ¡Quién eres! ¡Qué quieres de nosotros! ¡No llevo dinero! –le gritaba Eva aterrorizada por lo que el hombre les pudiera hacer.

- No quiero vuestro dinero, ni muchos menos causaros problemas. Pasaba por aquí paseando a mi gato y os he visto tirados en el suelo. ¿Qué hacéis aquí solos?

- No conocemos a nadie y tampoco ningún lugar donde poder pasar la noche. –dijo Mohamed.

- ¡Sois extranjeros! –exclamó el señor.

- Bueno... se puede decir que algo parecido. –contestó Eva.

- Pues entonces os venís conmigo que os voy a llevar a mi casa.

- Pero eso sería abusar de su confianza.

- Mi deber es ofreceros la ayuda que necesitáis –les dijo el hombre- ¿no creéis? ¡Vamos!

- Espere. –dijo Mohamed.- Soy musulmán y usted no estará muy de acuerdo en que duerma en su casa. Eva, ve tú sola. Yo me quedaré aquí.

- ¡Qué dices muchacho! Yo confío igual en ella que en ti. Nada tiene que ver que seas musulmán o no. Pienso que ambos tenéis los mismos valores como persona, y que el color de vuestra piel sólo determina vuestra cultura, pero nada más. –nos dijo el señor.

- ¡Es usted maravilloso! –contestaron los dos muchachos.

- Aquella noche Mohamed se sintió un almeriense más.

Algunos días más tarde, Eva encendió el televisor. Quería saber cuáles eran los temas de actualidad de aquella sociedad tan cambiada. Todas las noticias tenían algo en común: la solidaridad e integración social (que si un hombre había ayudado a una familia pobre a salir de la ruina, que si un grupo de ingleses y españoles habían viajado a Marruecos, que si un inmigrante agradecía a sus vecinos el cariño y apoyo que les han prestado para seguir adelante en nuestro país... Lo que más le sorprendió a Eva fue que no había aparecido ningún caso de violencia de género, y es que los maltratos físicos o psicológicos no se concebían en aquella sociedad.

- Parece mentira que éste sea el mismo mundo en el que yo me he criado. –Pensaba Eva.- Todo está tan cambiado: ahora las personas se sienten felices de verdad; se sienten queridas por la gente de su alrededor; no son discriminadas por tener otra procedencia distinta a la nuestra, por pensar distinto o por anhelar otros ideales; la violencia, los insultos... no existen; y la xenofobia ¡ha desaparecido del planeta! Los inmigrantes se encuentran a gusto en España, cuentan con el apoyo de muchas personas, encuentran trabajo sin dificultad y aquellos que

llegan a nuestro país andando (por el estrecho) son ayudados por las ONG de la provincia. También ellos, por su parte, respetan las costumbres de los españoles y se integran perfectamente en la sociedad. Pero... ¿cuál será el motivo de todos estos cambios?

La respuesta es que el ser humano ha comprendido, después de más de cinco mil años, que la llave de la felicidad no es otra que la tolerancia, (respetar a todo aquel que es distinto a nosotros) que a su vez abre la puerta a todas las culturas del mundo. Y es que las personas han entendido que la inmigración no es un factor negativo para ellas, sino todo lo contrario, la inmigración les permite concebir nuevas costumbres, nuevas religiones, hacer amigos, etc. Esto ha contribuido a que la violencia desaparezca, pues toda persona desea lo mejor para los demás.

Al cabo de una semana, Eva y Mohamed regresaron al año 2006. Contaron a los chicos de su clase y a su profesor todo lo que habían vivido. Los dos chicos se hicieron famosos por su invento y por algo mucho más importante: reconciliar al mundo, pues predicaron la idea de conseguir una “sociedad ideal”, en la que todas las personas se consideraban como lo que son: verdaderos tesoros por descubrir. Y es que la ayuda de un vecino, la sonrisa de un amigo, el interés de alguien por ti, la satisfacción de haber hecho algo bueno por los demás... es lo que hace realmente a la persona sentirse querida y a gusto consigo misma.

Y dejando a un lado la ficción, centrémonos en la realidad. ¿Cuántos problemas actuales que sufre nuestro planeta desaparecerían si existiera realmente la tolerancia? Casi todas las guerras, originadas hoy en día, son producidas por la falta de respeto entre sus habitantes y por el abuso de unas personas sobre otras. La violencia también es empleada por la misma razón. Si todos pensamos que la tolerancia es una actitud positiva que puede hacer mucho bien al mundo, ¿por qué nadie hace nada para conseguirlo? ¿No sería mejor vivir en un mundo como el que se describe en la historia? Toda persona tiene cualidades y defectos. La clave está en saber valorar esas cualidades y no prestar importancia a los defectos. Conviértamos pues, ese futuro al que viajan Eva y Mohamed ¡en un presente! ¡España puede ser un hogar para todas las personas!

EL FORASTERO

Isabel Maria Bonachera Martin



Cuando mi tío murió yo era su único heredero legal. Y me entristecí mucho el día en el que aquello sucedió; no por el hecho de que mi único familiar vivo había fallecido, si bien eso me importó más bien poco porque no me relacionaba con él, sino porque su herencia fue más bien una carga. Resulta que Guillermo, como se llamaba, había gozado de una gran riqueza durante toda su vida. Era simpático, agradable y esa faceta suya es la que recuerdo con cariño. Sin embargo, la muerte de su esposa trajo consigo una etapa muy sombría en su vida, ya que se volvió cerrado y empezó a perder su dinero en el juego. Y así pasó los últimos años de su vida: despreocupado del mundo, rechazando mis visitas... Y ni siquiera escribió un testamento.

Ahora tenía una vieja mansión, que a duras penas se mantenía en pie, y que apenas conservaba algunos muebles y cuadros viejos. Tenía una estrechez económica por culpa de sus deudas que no le dejaban vivir.

Ya casi se me olvidaba; mi nombre es Eduardo. Y la razón, por la cual le estoy contando todo esto, es para que conozca la historia “cómo cambió mi pequeño pueblo, Van Yarett”.

No perderé el tiempo diciéndole donde se encuentra. Es algo que no le interesaría y, por otro lado, inútil ya que está situado en una zona casi inaccesible.

Pues bien, uno de esos días lluviosos de otoño, decidí ahogar mis penas en la taberna del señor Cruz. Me senté en la barra e inicié una conversación vana con el tabernero. En ese instante, entró un hombre que nunca había visto antes por aquel lugar. Confiado, se sentó junto a mí y pidió un cerveza; recibiendo una negativa: “Aquí no servimos a forasteros”. Entonces explicó que eso mismo le dijeron en la posada al pedir refugio y en las cuadras al querer proteger al caballo

de la lluvia; pero al Señor Cruz le importó bien poco y lo mandó a la calle con la feroz lluvia.

Sentí pena.

Para que podamos continuar, le explicaré el origen de la intolerancia de los habitantes de Van Yarrett. Resulta que varios años atrás se nos conocía por nuestra hospitalidad, aunque le cueste creerlo. Cierta día llegaron unos hombres procedentes de lugares lejanos que se asentaron aquí. Los recibimos como de costumbre. Empezaron a explotar nuestras tierras y a utilizar mano de obra de los pueblerinos, hasta que un día se marcharon sin dejar ni rastro, dejando pendiente la paga de los trabajadores y abandonando nuestras fértiles tierras bajo capas de sal dejándolas yermas. Pasó el tiempo y a la falta de cultivos se unió la escasez de agua. Desde entonces, tenemos que andar varios kilómetros hasta el río más cercano para abastecernos y, como usted está comprobando, nos volvimos cerrados y desconfiados.

Bueno, volviendo a la historia que le narro. Ya pasó aquella horrible noche diluvial y yo volví a la gran casa abandonada y destartalada que ahora me pertenecía. Paseé por sus largos pasillos y mi mente se colmó de recuerdos hasta que llegué a una puerta sellada; la que conducía a la biblioteca. Aún recordaba aquellas tardes en las que mi tío pasaba horas leyendo sus libros procedentes de todos los lugares del mundo, lo que estaba mal visto por los habitantes del lugar.

Sentí curiosidad, así que eché abajo la puerta y aquello no parecía ser parte de la misma mansión y es que estaba intacta con todos aquellos mágicos libros. Era reconfortante. De entre todos, me llamó la atención uno titulado “Diario de Tomás”, así que comencé a leerlo. Los últimos capítulos me llamaron la atención especialmente. Decían así:

3 de diciembre de 1856

No sé adonde me conducirá mi viejo caballo ni qué me deparará el destino. Viajo errante de un lugar para otro buscando algo que apuntar en mi diario. No sigo un camino fijo; es interesante no saber adónde te conducirá el sendero que sigues. La vida es una aventura, sin lugar a dudas.

He llegado a un pueblo llamado Van Yarrett y por alguna razón sus habitantes me miran mal. Parece muy vaga para los cambios. Los habitantes visten realmente anticuados y enmudecen a mi paso. Tengo un mal presentimiento. Esta noche dormiré a la intemperie con el horrible frío invernal. Mañana será otro día.

4 de diciembre de 1856

Me he despertado con los huesos calados por la humedad, mis dedos empiezan a estar morados pero mi caballo, mi único y fiel amigo, no ha visto la luz del nuevo día. Estoy viviendo una pesadilla.

Me siento atrapado entre estos dominios y todos parecen estar de acuerdo para dejarme morir de hambre o frío. Nunca he dicho esto pero deseo volver a mi hogar.

5 de diciembre de 1856

Otra noche sin refugio. He perdido peso y me veo considerablemente más desmejorado. Sin embargo, me he fijado en que no saben buscar agua. Andan mucho para conseguir llegar hasta un río muy alejado de aquí. Pero tengo la solución. Yo mismo ideé un aparato para buscar agua. Soy la solución a los problemas de Van Yarrett. Querido diario, reza para que me escuchen.

Vuelvo a escribirte, he ido al cabildo, me han echado. La desesperación y el hambre van a acabar conmigo, no quieren mi dinero. Es el final. Aquí te dejo los planos de la máquina. Te aseguro que funciona. Ojalá pueda ver otro día.

Ésta era la última página y me pude imaginar el final del diario.
Murió.

Me quedé pensativo rodeado de todos aquellos libros. Desde pequeño me enseñaron a rechazar a los forasteros y lo ví como algo totalmente normal e incluso adecuado pero en ese preciso momento me di cuenta de que no era así. ¿Por qué rechazar a personas de cleros y razas que no sean los tuyos?

Sentí la necesidad de hacer justicia a tan horrible e inútil muerte y me presenté ante el alcalde. Le dije que tenía un innovador aparato que podía resolver nuestros problemas de agua y escuchó muy interesado. Financió el proyecto y dos días más tarde Van Yarrett ya tenía agua.

Celebraron una ceremonia en mi honor, me veían como una persona admirable. Entonces me pidieron que dedicara unas palabras a la gente. Me dirigí a ellos muy firmemente y les pregunté que si de verdad creían que un habitante de Van Yarret con los escasos conocimientos sobre hidráulica que tenían podía diseñar semejante aparato. Se hizo el silencio. En ese momento les conté la historia de Tomás y cómo dejaron que muriera a pesar de que él les quería ayudar. Creo que, a pesar de la mentalidad cerrada de éstos lo comprendieron y entre la confusa multitud me pareció ver a aquel forastero sonriéndome a pesar de que no conocí su aspecto.

Fue así, amigo mío, cómo el pequeño pueblo de Van Yarrett aprendió una valiosa lección.

EL DÉCIMO DE LOTERÍA

María del Carmen López Eduarte



En un pequeño pueblo situado en plena sierra alpujarreña y cuyos vecinos se dedicaban a la agricultura, vivía Joaquín, un hombre de unos setenta años que se sustentaba gracias a una pequeña ayuda que le proporcionaba el Estado.

Un día Joaquín tuvo que ir a la ciudad para solventar un pequeño asunto y al pasar por una administración de loterías sintió el impulso de comprar un décimo para la Navidad que ya estaba próxima. Sin mirar el número, lo metió en una pequeña carterilla que llevaba en el bolsillo.

Llegó el día del sorteo y sólo por curiosidad los hombres se reunieron en el bar del pueblo para escucharlo por la radio. Ninguno de ellos jugaba nada, solamente Joaquín y por casualidad. De pronto cantaron un número y se escuchó un gran murmullo, ¡había salido el gordo! Nuestro amigo echó mano a la cartera, miró su décimo y exclamó:

-¡Me ha tocado!

Y entonces sí que se armó el gran revuelo. Todos felicitaban a Joaquín, y éste dijo en tono festivo:

¿Sabéis lo que voy a hacer? -Todos miraron expectantes a su vecino, y éste dijo:

- Cuando llegue la nochebuena, voy a hacer una hoguera con todos los trastos viejos que tengo y me los voy a comprar nuevos. Uno de los presentes le dijo risueño:

- ¿Y te casarás de nuevo Joaquín?

Y éste poniéndose serio dijo:

-Eso sí que no, en el puesto de mi difunta esposa no pongo a nadie. Y además, yo ya soy muy viejo para emprender nuevas aventuras.

Ya de regreso a su casa, Joaquín se sentía un poco cansado y pensó tenderse un rato en la cama. Puso la cartera en el cajón de la mesita de noche y pronto se quedó dormido.

Llegó la nochebuena, y como había prometido se dispuso a hacer la hoguera con sus viejos muebles. Los chiquillos alborozados le ayudaban a sacar cachivaches. De pronto Joaquín se fijo en la mesita de noche y dijo:

- Este vejestorio también va a la pira. – Y lo puso encima de todo lo demás.

Seguidamente le prendió fuego, pero entonces pasó algo que le dio que pensar a nuestro hombre. Fue que al arder los muebles de abajo, la mesita de noche recalcó y el cajón salió disparado, viniendo a caer casi en los pies de Joaquín.

- ¡Dios mío! – Exclamó al ver que en el cajón estaba la cartera que contenía el boleto premiado. Nuestro amigo era un buen creyente y aquello le causó una enorme impresión.

Toda la noche la pasó dándole vueltas a lo sucedido. Finalmente, por la mañana mientras tomaba el sol en una plaza con unos amigos ya mayores como él, les dijo:

- Amigos, cuando cobre la lotería voy a hacer diez partes iguales. Una para mí y las demás para repartíros las, así que entre todos elegiréis a los que más lo necesiten.

Llegó el mes de enero y Joaquín habiendo hecho ya efectivo su décimo, les dijo a sus amigos que el día seis, festividad de la Epifanía, les entregaría el regalo a los elegidos.

El gran día llegó y se puso una mesa en la puerta del Ayuntamiento, y en una ordenada fila iban tomando su regalo de reyes los elegidos entre los aplausos y las risas de los demás vecinos. Solo quedaba en la mesa la parte que Joaquín se había reservado, pero se dio cuenta que todavía alguien se acercaba, era un hombre y una mujer jóvenes. Nuestro amigo supuso que serían matrimonio, pues llevaban dos niños pequeños. Eran inmigrantes que sin tener idea de lo que sucedía vieron que se repartía algo y se acercaron por si tenían suerte. Habían conseguido entrar en el país, pero como otros muchos, pronto se dieron cuenta las cosas no eran tan fáciles como ellos imaginaban. Joaquín sin vacilar tomó el sobre que contenía el dinero y alargándoselo dijo:

- Tomad vosotros, lo necesitáis más que yo.-

Y diciendo esto se levantó y se encaminó hacia su casa. No había andado mucho cuando oyó que lo llamaban. Se volvió. Era María, la esposa de uno de los vecinos agradecidos.

Cuando ésta llegó junto a él le dijo:

- Joaquín, quiero pedirte un favor muy grande.-

- Tu dirás, mujer.- contestó él

- Tú sabes, -continuó María- que mi padre está con nosotros y debido a nuestros quehaceres no podemos prestarle la atención necesaria. Si tú quisieras venirte algunos ratos a mi casa, tu compañía le haría mucho bien.

- Está bien, María. Mañana me pasaré por allí.

Fueron pasando los días y a Joaquín le costaba más trabajo despedirse de aquella familia, en particular de los niños que lo trataban como a un abuelito más.

Un día, ya bien avanzada la tarde, cuando Joaquín se disponía a marcharse, vieron que llovía a cántaros. Aquella circunstancia le ayudó a María para conseguir que Joaquín se quedara a dormir, pues tanto ella como su esposo y su padre lo que pretendían era que Joaquín se quedara a vivir con ellos, aliviándolos así de su soledad, sin que él se sintiera humillado, de esa forma le devolvían la generosidad que él había tenido con ellos.

Por su parte, Joaquín se daba perfectamente cuenta del afán de sus amigos por conseguir algo que él mismo deseaba ardientemente, pues nunca había tenido ese calor de hogar. Había sido feliz en su matrimonio, pero ella murió cuando aún eran muy jóvenes y no llegaron a tener hijos. Por lo tanto, la mayor parte de su vida estuvo solo.

Un día, mientras los dos ancianos jugaban una partida de cartas, el padre de María le dijo a su amigo:

-Dime Joaquín, ¿no te duelen las piernas de tanto ir y venir, por qué no te quedas definitivamente aquí?

-Pues mira, has pensado bien amigo, pero tiene que ser con la condición de que permitáis aportar mi pequeña paga al gasto familiar.

-Claro que sí, querido Joaquín.- dijo María, que en aquellos momentos llegaba de recoger a los niños del colegio, los cuales, al escuchar que Joaquín ya se quedaba fijo en la casa, lo abrazaron muy contentos, en verdad todos estaban emocionados.-

Fue pasando el tiempo y sus navidades, pero en la mente de todos perduraba el recuerdo de aquella navidad tan particular y emotiva y de aquel décimo de lotería que tan milagrosamente se salvó de la hoguera.

UNA HISTORIA EMOCIONANTE

Raiza Génesis Yagual



Hola, me llamo Raiza. Tengo 11 años y soy de nacionalidad ecuatoriana, aunque también tengo mi nacionalidad española.

Me he adaptado muy bien a este país que ahora es también el mío. Ahora les voy a contar mi historia de tristeza y alegría, aunque era muy pequeña la recuerdo aún. Tenía sólo cuatro años.

Después de las Navidades yo veía en casa mucho jaleo. Mi madre salía y entraba de casa, y escuchaba la palabra pasaporte que no se lo entregaban. Al ser tan pequeña no entendía nada.

Recuerdo un día en especial que mi madre me daba un beso. Decía que me portara bien, que ella se iba de viaje y pronto regresaría a verme. No pude entender el por qué se iba de mi lado y nos dejaba a mis tres hermanos y a mí. Nos dejaba con mi abuela.

Me puse a llorar mucho tiempo, pensando que mi madre viéndome llorar no se iba a ir de viaje. Pensé que se iba a quedar conmigo y con mis hermanos, pero me equivoqué. Esa noche lo pasé muy mal, pero no perdía la esperanza de que pudiera quedarse.

Al siguiente día, por la mañana me levanté de mi cama y ví que mi madre se estaba poniendo muy guapa. También vi una maleta de la que nunca olvidaré su color marrón y era muy chula.

Me puse rebelde y no quise beberme la leche. Mi madre me trató de explicar que tenía que partir a España para ayudarnos en el futuro. Para mi no valía lo que me decía.

Deseaba que me llevara con ella o que se quedara en casa con nosotros, porque me sentía muy feliz estando todos juntos en mi casa.

Luego vinieron mis tíos, mis primos y amigos de mi madre. La abrazaban y le decían que era lo mejor que había pensado.

Yo no entendía el por qué querían que mi madre se marchara. De pronto escuché un taxi que pitaba en la puerta de mi casa y vi que llevaba la maleta marrón al coche. Mi madre les daba besos a todos. Cuando me iba a dar el beso a mí, no quise que me tocara y me fui corriendo a mi habitación, intentando que no se fuera el taxi, pero mi madre se fue. Me puse a dar gritos, a llamar a mi madre, pero ya se había marchado.

Yo pensé que nunca más la vería y lloraba muchísimo. Recuerdo que no quería que nadie me tocara, porque nadie me había ayudado para que mi madre se quedara en casa. Lo pasé supermal. Me quedé dormida, llorando, no sé cuánto tiempo. De pronto, me llamaron y me dijeron que mi madre estaba llamando por teléfono para decirnos que ya había llegado al otro país, llamado España, del cual nunca había oído nombrar antes.

Yo no quise hablar con mamá. Estaba muy triste y sólo quería llorar.

No fui al jardín de infantes, llamado aquí guardería, en varios días. Nunca olvidaré que sentía que nadie me quería. Pero mamá insistía en hablar conmigo por teléfono todos los días, hasta que por fin acepté hablar con ella. Me tranquilicé, ya que me contó que había conseguido un trabajo y me llamaría siempre. También me dijo que me iba a enviar fotos y muchas cosas bonitas de ese nuevo país.

Así pasaron muchos días, no recuerdo cuantos, pero mi madre siempre estaba presente con todos nosotros.

Hasta que un día llegué a casa del jardín de infantes y estaban todos contentos. Me enteré que mi madre volvía a casa y me puse muy contenta porque sabía que mi madre venía a por nosotros.

Llegó la noche y supe que mamá venía de España. En ese momento me aprendí el nombre de ese país, que ya nunca olvidaría.

Nos fuimos al aeropuerto mis hermanos, mi abuela y yo a esperar la llegada de mi madre. Yo creía que nunca iba a llegar, ya que tardaba mucho. Cuando de repente, anunciaron que un avión de España llegaba; yo quería entrar donde aterrizan los aviones para ser la primera en recibir a mi madre, pero no me dejaban, me decían que esperara tras unos cristales, que mi madre ya salía. Al poco tiempo, pude ver a mi madre y salí corriendo para abrazarla, y llorando le pedí que no me soltara. Mi madre me cogió entre sus brazos y no me soltó hasta llegar a casa. Recuerdo que llevaba dos maletas llenas de muchas cosas para todos. Mi madre estaba un poco cambiada: estaba más delgada y más blanca, pero yo la veía guapísima. Era la mamá más guapa del mundo.

Cuando nos íbamos a dormir, mi madre me contó que en España tenía un novio donde ella vivía y yo le dije que lo quería conocer cuando llegáramos a España. Ella me dijo que dentro de un mes nos íbamos con ella. En ese momento,

me puse muy feliz y triste a la vez, ya que mi abuelita se quedaba. Mi madre me explicó que costaba mucho dinero los pasajes y no le alcanzaba el dinero. Eso lo entendí.

Los días pasaron pronto y llegó el día de partir. Recuerdo cuando llegamos al aeropuerto, estaba esperando mi padre biológico para darnos un beso y desearnos que seamos muy felices en nuestra partida para España.

Fue la última vez que lo vimos. Era alto y recuerdo que tenía un montón de profesiones: era arquitecto, profesor de inglés y dueño de una escuela.

Recuerdo que ví un avión enorme y me dio mucho miedo. No quería subirme en él, pero mi madre me convenció y fue un viaje maravilloso donde íbamos todos juntos.

Cuando llegamos al final de nuestro viaje, estaba esperándonos el novio de mi madre. Me había comprado una barbie y para mi hermano, un muñeco llamado Ken.

Para mi era un desconocido y no quise darle un beso y él se puso muy triste, pero lo entendía. Nos montamos todos en el coche de quién iba a ser a partir de ahora mi padre y nos dirigimos a casa.

Cuando llegamos, nos duchamos, nos fuimos al dormitorio y nos acostamos mi hermano pequeño, mi madre, el que es ahora mi papá y yo.

Fue el comienzo de una nueva vida. Aquí probé nuevas comidas, como las migas, que me encantan, la paella que me gusta con locura también.

Lo mejor es el pueblo donde vivo, se llama Cóbдар, situado en la provincia de Almería, tiene una pista de fútbol muy grande, una fuente donde viene el agua de la montaña y es muy buena para beber, una piscina también grande, una biblioteca con ocho ordenadores, donde a través de ellos me pongo en contacto con amigos de otras ciudades y piases como Barcelona, México, Madrid, Almería y con mi seño.

Tengo muy buenos amigos y lo mejor que tengo es mi familia, ya que estamos todos juntos.

Tengo un padre- tutor que me cuida y me da su amor día a día, ya que mi padre biológico se olvidó de nosotros.

Mi hermana mayor se casó con un hombre de aquí de Cóbдар y ahora tengo un sobrino llamado José Ramón con tres añitos y este año ha entrado por primera vez al cole y lo que es más importante es que vamos mi hermano, mi sobrino y yo todos juntos al colegio

En el colegio tengo también a mis dos primos, también del ecuador, llamados Roney y Kerly de cinco y nueve años respectivamente.

Nunca olvidaré que nací en Ecuador aunque no recuerdo sus calles, pero sé que soy ecuatoriana de nacimiento. No sé si algún día regresaré o iré a visitarlo para conocer sus pueblos, sus calles, monumentos, etc.

El pueblo donde yo vivía se llama Guayaquil.

Ahora lo que conozco es todo de mi nuevo país. Me encanta Almería, Sevilla y muchas ciudades más que no he podido visitar aún, pero creo que algún día podré ir a conocerlas.

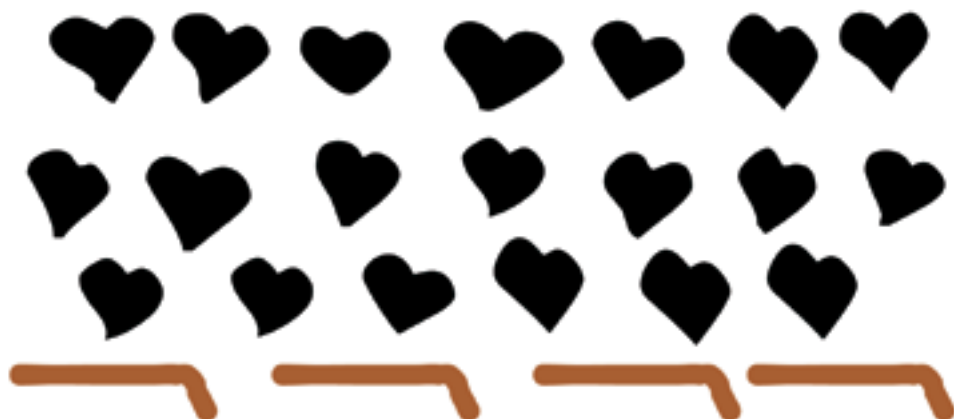
Ahora, puedo decir como una niña que va a cumplir 12 años, que entiendo a mi madre, que se lo dejó todo para venir a España, ya que valió la pena que ella se viniera, pues aquí soy muy feliz y puedo decir que amo a España y me siento española de corazón.

Me he adaptado a vuestras costumbres, que también son las mías ahora, a su lenguaje y a su gente.

Lo único que me queda por decir es GRACIAS y que ¡VIVA ESPAÑA Y TAMBIÉN ECUADOR. !

CARTA A UNA COMPLETA DESCONOCIDA

Verónica Garre López



Hace ya casi un año que vivo en este inhóspito lugar para mí. A pesar de ser tan bello a la vista, mi corazón se siente tan frío entre todas estas personas... realmente me siento muy sola. Ha pasado ya mucho tiempo desde que llegué aquí, temerosa del enorme mundo que abría sus puertas ante mí, pero en el fondo esperanzada por una vida mejor y contenta de poder gozar de esta oportunidad. Aun recuerdo perfectamente como me temblaban las piernas de emoción, casi no podía contenerme, pero no todo resultó ser tan maravilloso como me había imaginado...

Era un día espléndido, caluroso, como los que a mí me gustan. El sol lucía muy alto en el cielo, sin nubes, azul cyan, envolvente... Aquel era el día en el que me adentraría en el mundo de la enseñanza. En poco tiempo conocería a mis compañeros de trabajo y a mis adorables alumnos deseosos por aprender, por conocer cosas nuevas.

Estaba frente al instituto de enseñanza secundaria, un imponente edificio de tres plantas se erguía ante mí. En los patios y jardines aún había gente, ya que todavía faltaban unos minutos para entrar. Estaba todo tan bello, tan armonioso que me sentía con ganas de llorar de felicidad, pero retuve el sentimiento y con gran decisión comencé a caminar. No sé por qué, pero de repente todo quedó en silencio; solo se escuchaban el ruido de mis tacones al andar, y bueno, yo también escuchaba mi corazón, que retumbaba en mis oídos y golpeaba con fuerza mi pecho. Noté que había ciertas personas que me miraban y murmuraban algo con sus amigos, eso me hacía sentir algo incómoda, pero era pronto para hacerme ideas preconcebidas sobre esta o aquella cosa, así que continué con paso firme y

con una enorme sonrisa en mi cara. Subí los escalones uno a uno y empujé con fuerza la puerta principal. Con un poco de esfuerzo conseguí encontrar la sala del profesorado por mi misma y me presenté a todos mis compañeros, los cuales me dieron una calurosa y agradable bienvenida, aunque noté que no todos parecían igual de contentos. Y de repente sonó el timbre.

Yo sería la profesora de Dibujo Artístico y tutora del curso de 2º de Bachillerato de Bellas Artes. Vanesa, la directora del centro y la única persona a la que conocía antes de aquel día, me dijo, que era un curso maravilloso, que por lo general tenía unas notas muy buenas y que además se trataba de personas muy agradables; así que concienciada de que todo sería perfecto y no habría ningún problema abrí la puerta y entré con decisión.

Todos, tanto chicos como chicas, ignoraron mi presencia y además de continuar levantados o fuera de sus pupitres, hablaban unos con otros en un tono de voz bastante alto. Tuve que pedir silencio varias veces y al parecer con un poco de paciencia y persistencia lo conseguí; cada uno fue tomando asiento en sus respectivos pupitres y el aula se quedó en completo silencio.

-Bien, hola. En primer lugar me presentaré: Mi nombre es Nadjat y voy a ser vuestra profesora de Dibujo. Espero que nos llevemos bien aunque ya me han comentado que sois un buen grupo. Ahora explicaré la temática que vamos a seguir a lo largo del año, pero antes quería conoceros, así que voy a pasar lista. Vais levantando la mano por favor, así sabré quienes sois.

Comencé a nombrarlos uno a uno, pero cuando acabé la lista, volvían a estar todos charlando con su compañero de al lado y me era imposible hablar. Traté de poner orden, pero había demasiado bullicio, así que comencé a enfadarme:

-¡Si no os calláis os bajaré puntos en la nota de los exámenes que hagamos!

-¡¡Quién es la tía esta para amenazarnos!! –Gritó un chico del fondo – ¿Crees que con esa tontería nos vas a intimidar? Serás tonta...

Es cierto, no soy española. Soy árabe, pero estoy regularizada en este país, España. Yo solo he venido aquí a trabajar, no estoy haciendo nada malo. Todos comenzaron a reírse y yo noté cómo me ardía la cara de vergüenza y de ira.

- Ha ha ha, ¿sabes? Deberías estar agradecida, ya que te hemos dejado venir a nuestro país. No eres quien para decirnos nada.

-Dijo una chica sentada a mi derecha, la cual casi lloraba de la risa. La clase era un auténtico caos, todos estaban revueltos, todos me miraban amenazantes y se reían, estaba a punto de comenzar a llorar, pero no les iba a dar el gusto. Era mi primer día de clase, así que pensé que no siempre los comienzos son fáciles, por lo tanto, ignoré todo lo dicho hasta el momento por aquellas personas y comencé a exponer los temas que trataríamos en el curso. Por supuesto, nadie me escuchó.

Llegué a casa agotada. El viejo piso enmohecido, alquilado a una anciana que apenas escuchaba nada, con muebles muy viejos y ventanas que no cerra-

ban del todo bien, pero era lo mejor que me podía permitir de momento. Claro estaba que algún día tenía pensado prosperar... Sí,, algún día podría tener una casa propia, conseguiría el respeto de mis alumnos, sería feliz con alguien de quien estuviera enamorada... ¡Eso es! Todo será así dentro de poco, solo tengo que esforzarme y lo conseguiré. Mañana será otro día. Seré algo más estricta, me impondré a ellos, no me acobardaré y finalmente ganaré el respeto de todos ellos. Al final nos llevaremos bien. O eso pensé.

Sonó mi despertador, ya eran las 7:30, es decir, la hora en la que me levanto para ir a dar clase. Desayuné rápido, me vestí y me fui hacia al instituto. No estaba lejos, pero tampoco quería llegar tarde; así que aumente la marcha para llegar antes. Pero mi segundo día de trabajo se avecinaba aún peor que el anterior.

Nuevamente me encontraba frente a la puerta de mi aula. Allí de pie, alargué una mano temblorosa hasta el pomo de la puerta. Respiré hondo y me introduje en el interior de la clase, cuando de pronto sentí un golpe helado sobre mi cabeza. La clase estalló en carcajadas, varios chicos me señalaban con el dedo mientras reían, y otros tan solo miraban hacia otro lado ignorando la descabellada situación que habían creado. Un cubo de agua colocado de antemano sobre el marco de la puerta había vaciado su contenido sobre mí, empapándome de agua helada de la cabeza a los pies. Nunca me había sentido tan humillada, así que me mantuve mirando el suelo durante un rato y sin valor para alzar la vista, di media vuelta y me encaminé hacia la sala de profesores, donde esperaba encontrar un lugar donde poder regocijarme de aquella humillación. Estuve llorando durante más de media hora, las lágrimas brotaban de mis ojos con fuerza, y yo ahogaba mis sollozos con la palma de mis manos que cubrían mi cara avergonzada.

- ¡¡Pero Nadjet!! ¿¡Qué te ha pasado!?- Gritó Pedro desde la puerta de la sala. Acababa de llegar, pues tenía clase a la hora siguiente, y al llegar allí me encontró sentada en uno de los sillones ahogando mi llanto y completamente mojada. -¿Te encuentras bien?-

Se acercó a mí con cuidado, me tomó de las manos y me dedicó una dulce sonrisa. No tuve opción, mi boca comenzó a moverse y las palabras brotaban de mi boca explicándole el incidente.

-Bueno mujer, en primer lugar no llores. Ya sabes como son los chicos, siempre preparan alguna novatada a los profesores nuevos. Así que no te preocupes, verás como mañana todo irá mucho mejor.- Me dijo, y yo asentí mientras me secaba las lagrimas con la manga de mi camiseta. -Por supuesto- continuó- esto no puede quedar así, ¡por lo que vamos a ir a imponerles un castigo ahora mismo!-

-Pero... se van a enfadar aún más conmigo...-

-¡No seas cobarde! Es por culpa de esa actitud por la que te manejan como quieren. Vamos ahora mismo, y no hay pero que valga.-

Me cogió de la mano y me arrastró hasta aquella clase, a la cual yo comenzaba a tenerle miedo. Cuando entramos, todo estaba recogido. No había agua en el

suelo. Todo estaba ordenado y todos los alumnos estaban sentados en sus pupitres en silencio. Pedro los castigó durante una semana a quedarse después de clase para limpiar y ordenar las clases. Desde ese día, todo pareció mejorar...quizás era cierto que solo se trataba de una novatada. Cosas de críos. Ahora todo me iba mucho mejor. Con el trabajo conseguí algo de dinero y pude comprar algunas cosas para adornar mi piso. Los alumnos no me molestaban mientras explicaba en las clases y muchos de los profesores que trabajaban conmigo se hicieron muy amigos míos, en especial Pedro. Quizás en aquel momento no me di cuenta, pero poco a poco me estaba enamorando de él. Y así pasó un mes...

-Bien, aquí tenéis el examen. Espero que hayáis estudiado porque no quiero tener que suspender a nadie ¿de acuerdo?- Mencioné con una sonriente cara a mis alumnos mientras repartía los exámenes. Durante aquella larga hora y media pude observar como muchos de ellos no intentaban hacer nada en el examen, pusieron su nombre y simplemente se quedaban mirando el papel con desgana. Otros trataban de hacerlo, pero al parecer se sentían presionados por sus otros compañeros. los cuales los miraban con desprecio. En aquel momento me di cuenta de la dualidad de pensamiento que había en aquella clase y comencé a temerme lo peor.

Al día siguiente llegó la hora de dar las notas, que ni mucho menos habían sido buenas y presencié nuevamente uno de los espectáculos más despreciables del ser humano. Cuando entré sentí un escalofrío recorrer por mi espalda y con pánico los observé. Extrañamente tenían caras muy alegres y sonrientes, cosa que no me pareció normal por las malas notas del examen. Los repartí y esperé para ver su reacción. Nadie se reveló, nadie dijo nada, todo estaba en silencio, sobrecogedor y por fin pude respirar. Ya comenzaba a temerme otro numerito como el de mi segundo día de clase.

-Por favor, cuando terminéis de revisar el examen, colocadlo de nuevo en mi mesa; mientras yo pasaré lista-

-Marta García.

Luis Miguel Martos.

Ángel Muñoz.

Cristin...

De repente, vi como muchos alumnos dejaban su examen sobre el borde de mi mesa y a la vez vaciaban sobre ellos un frasco de cristal que contenía un líquido muy espeso de color casi negro y que olía realmente mal. De repente sentí unas enormes ganas de vomitar, así que tuve que separarme de la mesa unos metros y ellos continuaron en su labor. Examen, líquido fangoso; examen, mezcla repugnante que contenían en un bote... y así sucesivamente. Cuando terminaron, se levantaron y uno a uno salieron de la clase. ¡Era repugnante! Allí quedé yo sola como una tonta. Con una mesa cubierta de una mezcla de papel y... no sé que era aquello, pero por como olía, no quería saberlo. Nuevamente salí del aula

y me dirigí a la sala del profesorado, pero esta vez muy enfadada. ¡No iba a llorar! Hasta aquí habíamos llegado. Busqué a Vanesa, la directora del centro. Esta vez no tendrían un simple castigo. Serían sancionados gravemente. Se lo conté todo y con pasos acelerados nos dirigimos al lugar. ¡No podía creerlo! Aquello no podía estar pasando... Cuando llegamos, mi mesa estaba limpia y todos los alumnos en su lugar. Vanesa estaba muy desconcertada, así que me preguntó si me encontraba bien. Yo con cara de asombro y con un sudor frío que recorría todo mi cuerpo asentí. Ella se marchó y yo volví a entrar en clase. Permanecí en silencio durante unos minutos. Tragué saliva y me dispuse a hablar, pero no salía ningún sonido de mi garganta. Mis labios se movían, pero no producían ningún sonido.

-Esto es solo el principio... Pronto todo será mucho más divertido.-Dijo una de las alumnas de la primera fila con una macabra sonrisa en su rostro. Estaba horrorizada. ¿Qué más podían hacer conmigo aquellas desaprensivas personas? Y casi como una salvación, sonó el timbre que indicaba el fin de las clases. Legué a casa casi en estado de shock. No sabía muy bien qué era lo que había ocurrido, así que decidí descansar un rato y despejar así un poco mi mente. Ni siquiera me detuve para comer, solo quería dormir...dormir y olvidar el asqueroso y rastrero día que había llevado. Una melodía me despertó; mi móvil estaba sonando desde hacía un rato. Se había filtrado en mis sueños hasta conseguir que mis parpados se levantaran y yo me adentrara de nuevo en la vida real. Pedro me estaba llamando. Mi corazón latía rápidamente ahora, y me sentía muy nerviosa.

-¿Diga?-

-¡Nadjet! Por fin, soy Pedro. Llevo más de una hora intentando hablar contigo. ¿Qué te ha pasado hoy? Cuando te vi salir de clase este medio día, te vi muy distante y muy apresurada. Después Vanesa me contó lo ocurrido.

-Verás yo...

-¿Estás bien? ¿Qué es lo que ha pasado en realidad?

-Pues... en realidad nada- me apresuré a mentir.-Es solo que estaba realmente agotada. Olvida lo de hoy ¿vale? No volverá a ocurrir.

-¡Pero qué dices! Venga, cuéntamelo...

Y colgué. Incluso yo comenzaba a dudar de que aquello hubiese ocurrido de verdad. Entonces me di cuenta de que ya se había hecho de noche. ¿Durante cuánto tiempo había dormido? Me quedé un rato tumbada sobre el sofá sin ganas de moverme, mirando el techo, con la mente en blanco, en paz por un momento... y de repente sonó el timbre de mi piso.

-¡Baja ahora mismo! Soy Pedro.- Escuché por el portero.

Bajé rápidamente las estrechas escaleras y allí estaba, respirando con dificultad, con la cara empapada de sudor...

-Vengo corriendo-Dijo- y quiero que me expliques que es lo que ha pasado hoy. Sin excusas- Su mirada era tan penetrante que no pude negarme.

Lo invité a subir a mi piso y estuvimos charlando. Conforme le contaba el suceso su asombro aumentaba. Yo lloré, él me abrazó, me consoló y me dijo que no me preocupara, él lo solucionaría por mí. Así pasaron varios meses más y comencé a recibir llamadas de números que no conocía. Me llamaban generalmente de madrugada, insultándome, diciendo que no debería de estar aquí, sino en mi país. Que nadie me apreciaba o me quería, que me matarían si me pasaba de la raya. Yo cada vez estaba más asustada. Comía poco, tenía miedo de ir a comprar. Dormía menos aún y en el instituto las clases cada vez se hacían más difíciles. Mi vida era un completo caos.

Pedro, viendo mi desmejorado estado que empeoraba día a día, intervino en el asunto. Trató de hacer entrar al alumnado en razón, y que la situación no se repitiera más. Pero era un trabajo sin fin. Los alumnos se comportaban divinamente delante de cualquier persona que no fuera yo, pero cuando nos quedábamos a solas todo se asumía en un completo caos. Por supuesto, no todos los alumnos de mi clase tenían una mente tan racista; pero sus compañeros también los amenazaban y por tanto no los dejaban intervenir. Intimidaban a aquellos compañeros que trataran de comportarse bien conmigo. Mis fuerzas estaban al límite. Estaba a punto de dejarlo todo, pero decidí arriesgarlo todo a una última carta. Aquella sería la última oportunidad y tenía que conseguir que todo saliera bien, costase lo que costase.

Era un día lluvioso, hacía mucho frío en la calle, así que me apresuré a entrar al instituto. La clase fue como las anteriores, desastrosa y cuando aún quedaban 5 minutos para que terminara llegué al límite.

-¡Ya está bien!-dije dando un fuerte golpe en mi mesa con la palma de las manos. Todo quedo en completo silencio. -Hasta ahora he soportado vuestra indiferencia y pasotismo por la asignatura y en especial por mí, hasta ahora he soportado vuestros malos modales y las diferentes agresiones que me habéis propinado. Pero esto se ha acabado; de aquí en adelante haréis lo que yo os diga. ¡Y punto!-

Por las caras de la mayoría, supongo que no se esperaban aquella reacción en la que yo me revelaba ante ellos, así que nadie se atrevió a decir nada.

-Bien, espero que de aquí a final de curso todo vaya muy bien. Pero hoy, nos quedaremos media hora más, para que podáis reflexionar en todo lo que habéis hecho. Y no quiero oír ni un leve susurro.

Cuando salimos, ya no quedaba nadie en el centro. El cielo estaba negro y de él caían pequeñas gotas de lluvia. Comencé a caminar. Hacía mucho frío, así que me ajusté aún más el abrigo y me tapé el cuello con mi bufanda. Estaba todo desierto. Conforme iba andando, empecé a escuchar unos pasos detrás de mí, pero no les di importancia. Al rato, me di cuenta de que alguien me seguía... Estaba asustada, así que a la vuelta de una esquina comencé a correr, pero quien me perseguía iba unos pasos por delante de mí; ya había pensado en que huiría,

así que también comenzó a correr y pronto me alcanzó. Me agarró del pelo y me tiró al suelo. Estaba de rodillas intentado apaciguar el dolor que me profería en la cabeza por los tirones de cabello que medaba. No podía verle la cara porque estaba encapuchado y pronto llegaron otros más. Aquellas personas comenzaron a insultarme; me pegaron en la cara varias bofetadas y luego continuaron dándome patadas y puñetazos en el estómago. Sentía tanto dolor... pronto la sangre de una brecha en mi cabeza no me permitió ver nada y finalmente me desmayé. Allí tirada, inconsciente, en una noche tan fría, sola... No recuerdo nada más de aquella noche.

Abrí los ojos lentamente temerosa de lo que me pudiera encontrar a mí alrededor y lo primero que vi fue la cara llorosa de Pedro. Al parecer había estado junto a mí desde que se enteró de lo que me había pasado. Sollozando me abrazó con fuerza.

-Menos mal que has despertado, ya pensaba que te había perdido.-

-¿Qué ha pasado? No recuerdo muy bien algunas cosas...

-No te preocupes- me dijo amablemente-yo estoy aquí.

Me contó que unas personas habían visto la paliza y llamaron a la policía. Aquellas personas que me habían apaleado brutalmente fueron apresadas y por tanto identificadas y pronto estarían a cargo de los jueces. La ambulancia me trajo al hospital y allí había permanecido hasta ese momento.

-Yo... Nadjat... He pasado mucho miedo. Los médicos decían que tenías muchas hemorragias internas y que habías perdido mucha sangre por la herida de tu cabeza... ellos decían que lo más probable es que murieras... Yo pensé que jamás podría decirte esto... así que, ahora no voy a acobardarme más -Pedro tragó saliva y continuó con una voz temblorosa.- Yo... estoy enamorado de ti.-

Quedé tan impresionada como complacida. Desde hacía mucho tiempo no me sentía tan feliz, pues el sentimiento era reciproco. Alargué uno de mis brazos con gran dificultad y acaricié su cara. Entonces él se acercó hacia mí y me besó.

Varios meses más tarde, mis heridas estaban curadas casi por completo, así que pronto volvería al instituto... pero no había cosa que más me aterrara que la idea de volver a aquel lugar. Por supuesto, ahora contaba con el apoyo incondicional de Pedro, el cual me inspiraba mucho valor y fuerzas para seguir adelante, así que finalmente llegó ese día...

Era un día espléndido, caluroso, como los que a mi me gustan, y el sol lucía muy alto en el cielo, sin nubes, azul cyan, envolvente... Caminaba lentamente y entonces una chica que pasó por mi lado me dijo:

-¡Hola profesora! ¡Me alegro de que ya se haya recuperado! Espero que continúe dando clase, ya que si lo hace el año que viene me dará clases a mí- y se marchó sonriente.

Era una alumna de 1º, desde que había llegado a aquel centro de enseñanza, no había escuchado palabras tan amables como aquellas provenientes de un

alumno. Mi corazón saltaba de júbilo. Realmente me sentía muy feliz. Y esa no fue la única alumna. A mi llegada a la clase de la que era tutora, me recibieron con mucha amabilidad. Los alumnos parecían totalmente diferentes. Me contaron que estaban siendo presionados y amenazados por aquellos compañeros que me habían dado la paliza. Al parecer formaban un pequeño grupo neonazi que buscaban a gente para formar bandas callejeras. Me pidieron disculpas, sinceramente, de corazón. A partir de ahí, todo fue mejorando. Los chicos fueron ingresados en un centro de menores, los alumnos de mi clase atendían a mis explicaciones y Pedro y yo pronto nos casaríamos...

En un principio creí que jamás acabaría bien todo esto... pero quizás, tan lejos de mi patria, desprovista del calor de mi familia; quizás haya algo de bondad en algunas personas... y gracias a ellas, he podido encontrar un huequecito en esta dura sociedad que helaba, aunque ya no tanto, mi pequeño corazón.

SOÑE, Y ME QUEDÉ CORTA

Natalia Palet Bert



“Gracias”. Esta es la palabra con la que quería empezar mi historia. Soy Kalina, mujer de raíces árabes profundas que se desvelan en mi físico; grandes ojos negros, una fina nariz y ágiles extremidades, que en mi infancia estuvieron ocultos por un velo que en mi tierra llamamos burqa. Pero gracias a ti, recuerdo un pasado, vivo un presente y pienso en un futuro mejor. Pero no nos adelantemos, pues mis memorias empiezan mucho antes, en las áridas y desérticas tierras de Batnaj, donde el sol abrasa y la arena cubre las ilusiones de una mujer.

Esa noche la luna brillaba como las crines de un caballo de raza y las estrellas tintineaban como diamantes en bruto. Se oía respirar al silencio en cada esquina de mi pequeño y casi escondido poblado. Mi padre, árabe desde generaciones pasadas, exponía a mi madre la solución a nuestro problema, la pobreza.

Él iba a vendernos a mis hermanas y a mí a un comerciante natural del Congo al amanecer. Mis hermanos, muchachos dominados por la tiranía del, padre lloraban por nuestro futuro, mas, ¿quién puede mantener a una familia entera teniendo mujeres bajo el mismo techo?

Yo asumía y respetaba esta idea, y aunque opinase lo contrario, no podía revelarme ni luchar por mi destino ni el de mis hermanas.

Al amanecer madre nos vistió con nuestros mejores trajes y nos besó en la frente a modo de despedida. Cuando sus labios tocaron la mía, sentí como mi corazón se quebraba como una piedra bajo el peso de una pirámide. Al terminar nuestras oraciones, Rhagna, mi padre nos llevó ante Colungée, el comprador de nuestro porvenir. Inmediatamente, nos mandó subir a una maltrecha carreta, lugar donde pasaríamos 19 largas horas antes de llegar a Makole, punto de encuentro de los grandes mercaderes. A pesar de haber hecho todo lo posible, mi

hermana Malikgho, no superó la dura prueba de pasar más de medio día bajo el lucero ardiente sin nada más que un mendrugo de pan negro como sustento. Nuestro dueño nos maldijo y pegó hasta haber consumido su ira provocada por la pérdida de una parte de la mercancía.

Aquella tarde, mientras la luz se ocultaba tras las montañas, fui observada, vendida y comprada miles de veces hasta que la cuerda que ataba y malhería mis muñecas fue agarrada por una mano de color oscuro. Mis ojos buscaban a las que compartían mi destino, mas el intento de encontrarlas y desearles lo mejor fue en vano.

Mis pies descalzos ya no soportaban el peso de mis penas y las lágrimas difuminaban mí alrededor. Todo empezó a moverse y a danzar. Mis rodillas se doblaron y mi rostro chocó contra el suelo.

Al día siguiente desperté al lado de otras tres muchachas de tez oscura, y juntas fuimos conducidas ante nuestro amo y señor. Su mandíbula tensa y sus anchos hombros me inspiraron temor y respeto. Nuestras lágrimas resbalaban sobre el duro corazón del que ahora nos hablaba:

-Vosotras, mujeres, me serviréis a mi y haréis todo lo que yo os diga. Cualquier imperfección, protesta o muestra de desgana será castigada sin compasión. Ahora no sois nada y no voy a preocuparme por ninguna de vosotras. Preocupaos vosotras de conservar vuestra mísera vida. Makula os instruirá y os ordenará lo que debéis hacer.

Así fue como conocí a Makula, sirvienta y posesión principal de la casa. Sabiendo que yo provenía de una familia numerosa, me mandó cuidar a todos los niños que nacieran bajo el techo del amo. Esto dió lugar a mi encuentro con ocho niños de diversas edades.

Pasaron los meses y la miseria llamó otra vez a mi puerta. Las riquezas del señor disminuían a causa de la guerra. A consecuencia de esto nuestra presencia allí era demasiado cara. Fui abandonada con otras cuatro mujeres en el pueblo de Kanburshaxa. Éste estaba habitado por unas 100 mujeres que también habían sido desamparadas por sus maridos o familias. El tiempo pasado allí permanece en mi memoria como una espina bajo la piel.

El hambre, la miseria, la tristeza y la soledad hicieron que mi vida luchase por salir de mí ser para meterse en las fauces de la muerte. Mas la esperanza de un futuro, obligaba a mi alma a seguir respirando.

Los ojazos oscuros y las delgadas caras de esos niños aparecen aún en mi mente, cual relámpago en la tempestad. Sus miradas llenas de vacío y suplica me arrancaban llantos de impotencia ante lo que creía inalcanzable. Pronto esos llantos fueron sustituidos por la noticia de que un grupo de hombres blancos se dirigía hacia el poblado. Su llegada tuvo lugar en el 5º amanecer después de la noche de luna llena.

Sus trajes claros destacaban sobre el color oscuro de la tierra y sus ánimos empequeñecían nuestros famélicos cuerpos.

Todavía recuerdo el momento en el que vi a un niño reír, pues en todo el tiempo pasado en Kamburshaxa, no había escuchado nunca el sonido alegre y tintineante que sobresalta al corazón, ya que aquella gente no sabía lo que era la alegría, pues durante toda su vida habían estado sufriendo. Solo conocían el sabor salado de las lágrimas y el afán de un destino.

El paso de los españoles por nuestra tierra fue recibido como es recibida la visión de un oasis en medio de una travesía por el cruel e injusto desierto. Su ayuda humanitaria y sanitaria nos devolvió la sonrisa y nos empujó a seguir adelante. Los niños esperaban ansiosos su futura escuela, los jóvenes hablábamos ya sobre los estudios de medicina e higiene y las madres veían próximo la mejora del futuro de sus hijos.

Así fue como yo, Kalina, fui, entusiasmada, a la escuela de medicina convirtiéndome en una mujer útil para los que me rodeaban. Mis progresos y mi afán de transmitir la noticia de que la solución estaba en nuestras manos, me llevaron a conseguir viajar a la tierra de aquellos hombres, salvadores de nuestras vidas.

Mi estancia allí se alargó meses, el tiempo corría lenta y dolorosamente, pues mi raza y condición empujaba a ciertas personas a tratarme de un modo distinto y degenerativo. Yo quería hacerles comprender que no importa el color, el sexo o la condición. Lo que en verdad importa es lo yo quería explicarles. ¿Acaso no somos nosotros los de distinto linaje, los más indicados para demostrarles que si podemos progresar y hacernos respetar independientemente de si uno es hombre o mujer?

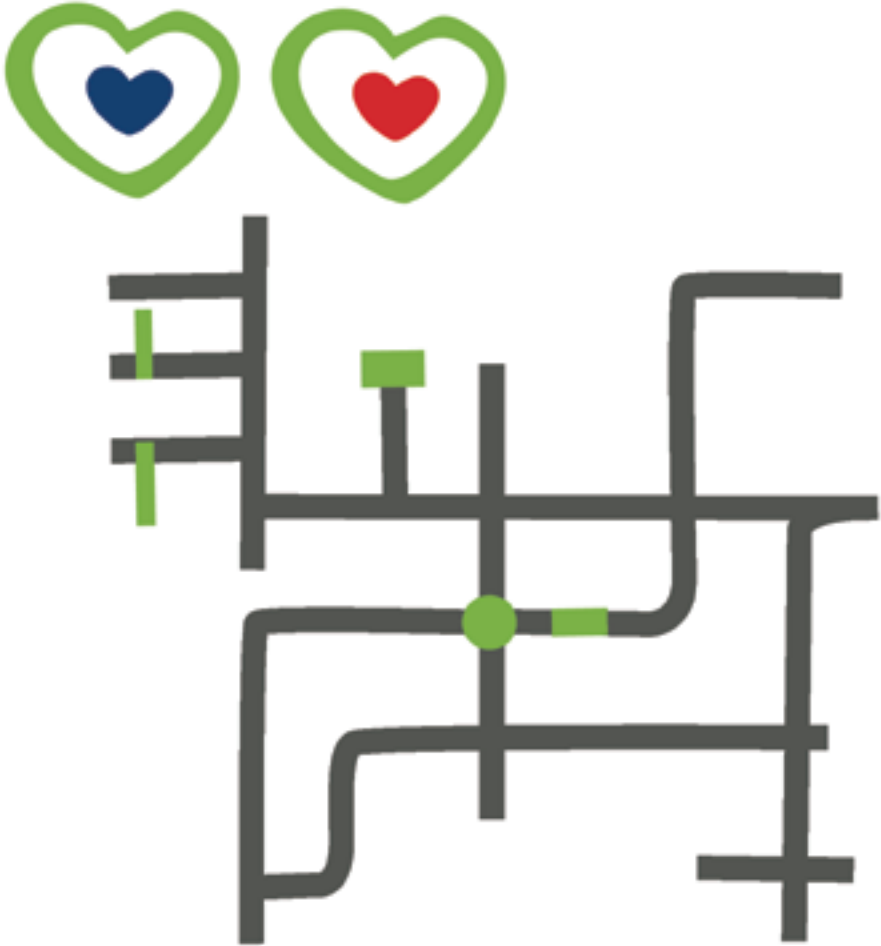
Esto ocupaba mi mente como la luna invade al sol en un eclipse. Todo lo que yo deseaba era ayudar a los que no habían conocido aún la alegría de sentirse útiles para los demás.

La inauguración de la ONG impulsada por este objetivo, nació con el nombre de: “Ayúdanos a Ayudar”, ya que lo que queríamos era enseñar a aquellos que no sabían, para que ayudasen a los que no podían, debido a la miseria y falta de recursos. Esta organización dio a luz a escuelas, universidades, hospitales, poblados... Y todo esto pudo realizarse gracias a vosotros, porque vosotros, me brindasteis la oportunidad de aprender lo que es el respeto, la generosidad, la tolerancia y la solidaridad.

“Gracias de todo corazón”.

VIAJE FLOV

Abdellatif Akhmissi



CUENTO DE ABDELLATIF

Un día tuve la suerte de conocer a Abdellatif. Me encantó su historia. Él quiso que yo siendo su nuevo amigo la corrigiese. La verdad es que no soy capaz de modificar ni una sola coma de algo que está escrito con el corazón. Tan solo le ayudé a tramitar estos papeles, que al fin y al cabo, son un paso más y él tenía suficiente con ir a la policía, a la oficina de empleo, a la asociación de acogida, al juzgado de menores, al instituto, a la oficina del servicio andaluz de salud, al banco, y no sé a cuántos sitios más, y tan solo tiene diecisiete años.

Está aprendiendo nuestra lengua, nuestras costumbres y nuestra escritura. Me hubiese encantado ver esta historia escrita en su idioma con su caligrafía. Entonces os aseguro que no la habría enviado al concurso porque aparte de quererla en castellano, -que no lo entiendo por qué, otras lenguas también sirven-, la hubiese colocado con un marco ya que aunque no la entiendo es maravilloso ver la geometría y el ritmo de sus escritos.

Tan solo me queda decir que en el próximo concurso este hombre, ya nos entenderá mejor y seguro que estará trabajando de fontanero, que es su ilusión, como su padre y sacará tiempo entre grifos y tubos para contaros algún nuevo cuento.

Mientras tanto os agradezco que lo leáis con los ojos del corazón.

Soy un chico de Marruecos. Yo he nacido en Marruecos y estuve con mi familia desde pequeño. Cuando tenía seis años estuve estudiando por la mañana y por la tarde y si hay algunos exámenes nos juntamos mis amigos y yo para estudiar. Así pasa el tiempo, en el fin de semana nos vamos a alguna ciudad para ver alguna familia y algunos fines de semana lo paso trabajando con mi padre en fontanería y

entre semana lo paso en el colegio estudiando. Siempre pienso ayudar a mi padre en el trabajo, pero estudio, trabajo en vacaciones del colegio, ayudo a mi padre en el trabajo. Cuando hay mucho trabajo le ayudo, pero algunos días lo paso con mi abuela muy bien porque ella sabe hacer comida rica. A mi me encanta la comida rica y por la tarde nos vamos a dar un paseo bajo el árbol y hay tierras bonitas y montañas. Yo y mi familia nos hemos ido a un viaje muy lejos. Me lo paso muy bien y mi familia también. Hay animales, hay muchas cosas para comprar, montañas y árboles. Hay una cosa que sale agua encima del suelo. Me gusta mucho y hacemos muchas fotos. Yo compro muchas cosas de allí. Nos hemos subido en una montaña muy alta para mirar una cosa que se llama (fikehe). Después de bajar de la montaña, nos hemos ido a un bar para comer. La comida es muy rica. Después de comer nos fuimos a la casa para descansar. Por la mañana nos vamos a coger el autobús para regresar a nuestra ciudad. Así se pasan las vacaciones del colegio, rápido. Yo estoy pensando que no voy a la clase porque quiero trabajar con mi padre, en fontanería. Mi familia dice que tengo que estudiar. Así ha pasado un tiempo y he ido a trabajar con mi padre al principio. No sé mucho, pero al final he aprendido mucho y mi padre se da cuenta de que yo ya puedo trabajar solo.

-“Ya sabes trabajar tu solo”. Yo le he dicho que sí y mi padre me contestó ¡qué bien, mi hijo!, “Entonces ya puedes trabajar solo en una casa”-me dijo.

-“Vale”, - yo y mi padre hemos ido para ver la casa. Él me dijo: aquí esta la cocina; aquí, el aseo y aquí está el calentador. La instalación es de agua caliente y agua fría y tiene desagüe. Para la instalación de cobre, yo fui a comprar todo lo que hace falta: el cobre y el desagüe. Yo tardé poco para terminar el trabajo de la casa. En cuatro días me ha dicho: “¡Qué bien!”.

Un amigo me dijo que quiere trabajar con mi padre. Yo he hablado con mi padre de mi amigo y él me ha dicho que si mi amigo ha venido para trabajar con nosotros. Pasado una semana, me dijo que se iba a España. Yo le digo a mi familia que yo también quiero ir, si le pido dinero a mi padre.

“Vale, toma un millón”. A los veinte días hemos conseguido salir para venir aquí. Salimos a las dos de mañana. Hemos llegado a España a las cuatro de la mañana. Hemos estado en el mar dos días. La policía nos encontró en la calle. Nos llevaron a un centro en Huerca-Overa, donde hay chicos y chicas; también son de Marruecos. Allí dan clase por la mañana y por la tarde, jugamos al fútbol. Pasa un año. Me cambio a Almería, a un piso con cinco chicos. Son cuatro de Marruecos y uno de España. Entonces empecé a estudiar un curso de PGS de oficina de informática y por la tarde hice un curso de fontanería de FPO de 300 horas. Estaba una feria, en Almería, en “Cortijo Grande” y me lo pasé muy bien con mis amigos y mis amigas. Y por la mañana estoy buscando trabajo para cambiar los permisos de trabajo. No encuentro trabajo y ahora estoy haciendo un curso PGS de fontanería de casi un año. Son seis meses de estudiar y tres meses de práctica. Espero que encuentre trabajo.

LA ESENCIA

Jennifer Ortega Torres



Era de noche y la luna resplandecía sobre aquel lago; aquel lago que se veía desde la cima de las montañas y al que tanto le gustaba ir a Julián.

Solía ir todos los días después del instituto. Le gustaba sentarse en la orilla y dejar volar su imaginación. Le gustaba ir para lograr pensar, recapacitar y para poder estar en algún lugar donde nadie le pudiera molestar.

Lizet había llegado de Colombia con su madre y hermana en busca de una vida mejor.

Aunque así no sucedió.

Los días que llevaba Lizet en el instituto le habían resultado una pesadilla. Sus compañeros le pegaban, le tiraban trozos de goma, le robaban el desayuno e incluso le escupían. Ella se negaba a entenderlo y no hacía nada para solucionarlo.

Era lunes por la mañana y Julián había pasado todo el fin de semana pensando en aquella muchacha, la que tanto le había sorprendido, ya que nunca hubiese pensado que una persona pudiera tener tanto aguante. Creía que era demasiado duro salir de clase y marcharte sola a tu casa sin nadie que te acompañara, como para que también tus propios compañeros te hiciesen la vida imposible. Así que decidió decirle algo para que se diese cuenta de que todas las personas no son iguales. Aunque en esta vida solamente hay prejuicios.

Así hizo Julián cuando llegó a su clase. Vio a Lizet sentada al final de la clase sola y se sentó a su lado. Ese día Julián le propuso a Lizet quedar por la tarde para enseñarle el pueblo y charlar un rato. Lizet puesto que todavía no lo conocía creía que era igual que todas las demás personas de esa clase, pero sin saber por qué aceptó.

Esa tarde quedaron a las cinco en la plaza del pueblo. Primero Julián le enseñó el Pueblo, le indicó los lugares más conocidos y después de llevar un rato dando vueltas, a Julián se le agotaban las ideas y le preguntó a Lizet:

- ¿Quieres que te enseñe algo verdaderamente sorprendente? Si quieres que te lo enseñe, sígueme - le dijo Julián.

Y siguió a Julián hacia un lugar desconocido del que no tenía ninguna información.

Cuando estaban llegando, Julián le dijo a Lizet que cerrara los ojos, que era una Sorpresa, que le iba a encantar y ella así lo hizo.

Cuando por fin llegaron a ese lugar, Julián le dijo a Lizet que ya podía abrir los ojos.

Lizet los abrió y vio un lugar precioso, un lugar que nunca hubiese imaginado y en ese momento no supo qué decir cuando Julián le preguntó:

- ¿Te gusta Lizet?

- Sí, respondió.

- ¿Es precioso verdad? - Preguntó Julián.

- Es increíble. - Respondió Lizet.

Los dos se callaron.

Llevaban un rato ahí y todavía reinaba el silencio. Ninguno de ellos sabía qué decir, hasta que Lizet se adelantó y le preguntó a Julián:

- ¿Vienes mucho por aquí?

- Todos los días después del instituto, respondió Julián.

Y Lizet sin saber por qué siguió preguntándole cosas y más cosas.

- Y, ¿por qué vienes a este lugar?

- Porque necesito desconectar, muchas veces aclarar mis ideas y mis sentimientos.

-Y si necesitas desconectar, ¿por qué me has traído a mí a este lugar? ¡Si es el que tú usas cuando quieres estar solo!

- Porque al gustarme a mí, he pensado que también te podría gustar a ti, que sería nuestro lugar en el que los dos nos sintiéramos a gusto y el lugar que utilizaríamos cuando necesitáramos estar solos, es decir, gozar de nuestra soledad, ¿y qué mejor lugar para hacerlo que éste?, un lugar apartado de la gente en el que nadie, absolutamente nadie, nos pueda molestar, un lugar en el que podemos gozar de la soledad porque el canto de los pájaros, el sonido de los árboles movidos por el viento y la tranquilidad del agua nos ayudará a gozar de ella.

Empezaba a oscurecer y llegó el momento de que se fueran del lago, cada uno a su casa y a esperar a que llegara el día siguiente para volver a repetirlo.

Cuando llegaron al pueblo ya era de noche, así que Julián decidió acompañar a Lizet a su casa. Ya que estaban en el portal de su residencia, Julián se despidió de ella.

Y Lizet dijo:

- Verdaderamente no sé que hacer para agradecerte todo lo que has hecho por mí, ya que pensaba que serías como todos los demás, pero ya me he dado cuenta de que estaba equivocada.

- No tienes que hacer nada, sólo he hecho lo que debía de hacer. Era superior a mis fuerzas verte sola y sin nadie con quien hablar, le dijo Julián.

-Yo creo que sí debería agradecértelo de alguna manera porque nadie nunca había conseguido hacerme sentir así. Nadie nunca había conseguido que me sintiera por un momento integrada, sin antes haberme reprochado que no era de este país y que no tenía los mismos derechos que alguien de aquí.

- No hagas caso de lo que te puedan decir, porque tú sabes que eso no es verdad y que no son nada más que tonterías. No entiendo como las personas pueden ser así. No entiendo por qué no se ponen en vuestro lugar y piensan por un momento en qué situación estaríais para dejar vuestro país, en el que os habíais criado. No creo que lo dejaríais por gusto, sino que lo dejasteis porque tenéis que buscar una vida mejor, un mundo en el que se os valore como unas personas normales, porque a decir verdad no sois otra cosa, personas corrientes iguales que nosotros, pero con una etnia y costumbres diferentes, pero eso no es motivo para tacharos de malas personas. ¿Qué todos no sois iguales? ¡Eso está claro! Porque entre tantos, alguno tiene que haber que se escape al igual que en nosotros, pero antes de actuar y de juzgar deberíamos ponernos en el lugar de esas personas que vienen en busca de una mejor calidad de vida, en busca de un trabajo bien remunerado para poder mantener a su familia y en busca de personas que las aprecien, al igual que todo el mundo cuando tiene que emigrar espera ser bien recibido y no marginado, que es lo que se suele hacer con las personas que vienen como tú, le dijo Julián.

Y así terminó ese día en el que tan a gusto se habían sentido los dos.

Al día siguiente, en el instituto se rumoreaba que Julián había pasado la tarde anterior con la chica nueva, que habían estado solos y como si fuese un delito intentaron atormentarlos, pero no lo consiguieron. Cuando Julián se enteró de lo que se iba diciendo, prefirió dejar pasar aquella situación llena de angustia y malestar, y centrarse en Lizet que hasta entonces era la persona que más le importaba y sentía que era con la que verdaderamente se sentía a gusto.

Y al enterarse Lizet de todo esto, le dijo a Julián:

- Julián, yo no quiero que te vayas de mi lado, pero si lo tienes que hacer para recuperar a la gente que tenías antes de que yo llegara a tu pueblo, hazlo, por mucho que me pueda doler, porque en estos días he llegado a sentir algo muy extraño por ti. No sé si es fruto de mi agradecimiento o es que verdaderamente me gustas.

- Sabes muy bien que no me voy a ir de tu lado, que me da igual lo que puedan decir y opinar, y si antes estas personas no influían en mi vida para nada,

ahora tampoco lo harán. Sabes que yo también te quiero y que te querré siempre porque me has ayudado a conseguir encontrar algún sentido a esta vida llena de maldad y frialdad.

Y si alguna vez llego a sentir miedo, sólo te pido que nunca me dejes de hablar.

Quiero que sepas que en ocasiones sigo sintiendo miedo, miedo a ser real, a enfrentarme a la realidad. Puede ser por mi locura; yo ni siquiera lo sé, pero nunca te vayas de mi lado, porque ya sólo tu voz es la única que consigue hacerme sentir bien, la única en la que me puedo refugiar; a la compasión le pido que no te despegues de mí y recuerda que necesito tu cariño para poder vivir.

Ya sé que no te puedo obligar a que quieras estar junto a mí, tú eres libre de hacer lo que quieras. Prefiero que seas libre, que puedas elegir y si en algún momento decides que no quieres seguir estando junto a mí, entonces será cuando yo decida dejar de vivir.

No quiero que pueda resultar exagerado por mi parte, ya que sólo he dicho la verdad y la verdad para mí en este momento es que mi vida ya sin ti no tiene sentido, ya que si antes de conocerte me costó encontrarlo, ahora que te tengo no quiero perderlo.

Pero todo no se solucionó con estas bonitas palabras, porque nada de lo que sucedía antes había cambiado. Sus compañeros seguían rechazando a Lizet, pero ahora no sólo a ella sino que también a Julián, el que antes no les importaba y ni siquiera existía para ellos.

En aquel instante reinó un gran silencio por parte de los dos y como si hubiera sido por un impulso nervioso, Julián se adelantó y le dio un beso a Lizet. En los dos se estremeció algo tan fuerte y a la vez tan débil, que se dieron cuenta de lo que el uno sentía verdaderamente por el otro.

Toda la gente al enterarse de esto seguía y seguía intentando hacerle la vida imposible, pero su amor era mucho más grande y podía superar eso y mucho más.

Después de que pasara todo esto, Julián y Lizet siguieron estando juntos sin separarse el uno del otro, sin hacer caso a las habladurías de la gente, ya que esperaban el momento en el que toda aquella historia se borraría, dejándolos vivir en paz, pero eso sí, dejando esa esencia de aquella tarde, aquella tarde que no le gustaría compartir con nadie como todas las tardes que pasaron juntos en aquel lago, aquel lago que se veía desde la cima de aquellas montañas, y cuando digo que toda esta historia algún día se borrará me refiero al dicho de que las palabras se las lleva el viento, pero el momento, una esencia y unos sentimientos perduran de tal manera en sí mismos que hasta cuando llega el momento de que nos metan en una caja de madera se van contigo porque esos momentos los has vivido tú, esos sentimientos los has sentido tú y esa esencia es la que te ha hecho sentir

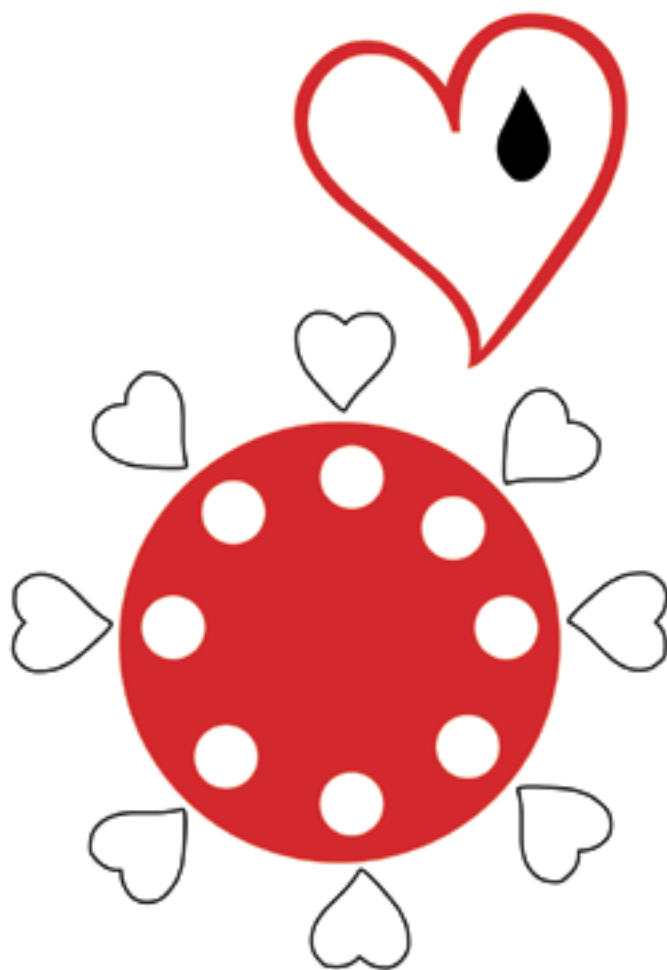
más de uno de esos sentimientos, la que te ha hecho recordar cada uno de esos momentos y por lo tanto son tuyos.

No me importa si este comentario puede resultar un tanto egoísta por mi parte pero es la verdad y por ser la verdad la debemos aceptar y recibir con los brazos abiertos, ya que nos llevará a un mundo lleno de bondad, generosidad y nos permitirá recibir la magia de cada momento, dejándonos guardarla en nosotros para siempre hasta que la queramos rechazar. Pero por suerte, por este camino estaremos bien y nos daremos cuenta hasta lo que podemos llegar a querer una cosa o a una persona sin pararnos a pensar en el momento en el que estamos actuando, pero que al recapacitar y al recopilar los hechos de un día en una hoja de papel como ésta, nos damos cuenta lo que nos ha podido hacer sentir lo más insignificante que se ha cruzado por nuestro camino de manera inexplicable y que ni siquiera le habíamos dado importancia. Entonces nos paramos a pensar en alguna palabra y una vez que tengamos esa palabra se nos vendrá a la cabeza una frase y seguidamente una oración que resumirá ese sentimiento tan profundo que se ha despertado en ti por pensar esa palabra. Lo más probable es que nunca llegaras a imaginarte lo que serías capaz de sentir por algo que te había resultado insignificante y que al intentar darle una definición se despertara algo en ti que todavía estaba dormido, por no darle la suficiente importancia. Pero luego, eso es lo que nos da fuerzas para seguir hacia adelante en muchas situaciones, y ésta es una de ellas.

Puedes llegar a pensar si de verdad te mereces tener esta vida, que si al repartirlas no se podían haber equivocado. Puedes llegar a pensar tantas cosas en un instante, que cuando llega el final del día no te acuerdas ni de la mitad, pero de pensar, de recapacitar y de valorar a las personas que se cruzan por tu vida por algo inexplicable hace que quieras seguir viviendo y eso es lo que hace que pretendas estar siempre junto a ellas. Puede ser porque te sientas a gusto o porque es tu destino, pero a estas alturas de mi vida sigo sin saber darle una definición a esa palabra, aunque la verdad es que creo que puede existir y que no podemos hacer nada para cambiarlo.

¿INMIGRÓ LAURA A PERÚ O TEMIÓ ENCONTRAR XENOFOBOS COMO NOSOTROS?

Maria Inmaculada Salmeron Gil



Por fin ha acabado el curso y los nervios que estaban presentes en Laura y sus compañeras habían quedado atrás (en el pasado).

Todas contentas y orgullosas de sí mismas por haber conseguido un cien por cien de aprobados en selectividad, deciden organizar una cena con el fin de poder obtener un último recuerdo de todas juntas, ya que, a partir de aquella noche, cada una de ellas sabía que sus vidas iban a cambiar. Incluso sin voluntad, comenzarán a distanciarse. Cada una tendrá un futuro distinto que elegirán según sus intereses, amistades, economía...Y triste y probablemente quizá coincidan al pasar unas cincuenta primaveras y ni si quiera lograrán reconocerse. De ahí el motivo de la última cena.

Ya en el restaurante, comenzaron a pedir sus menús. Les atendió un chico sudamericano, que correctamente desempeñaba su puesto de trabajo con formalidad. Este les iba sirviendo los platos amablemente, a pesar de que a lo largo de la cena, cuatro de las estudiantes se dedicaron a reírse del camarero, ya que ellas opinaban que por el mero hecho de ser inmigrante era inferior; sin tener en cuenta que todas las personas, independientemente de su país de procedencia deben gozar de una serie de derechos, respeto, dignidad...

Aún así, el sudamericano hacía oídos sordos a todo tipo de críticas y risas de las repelentes y prepotentes estudiantes.

Laura, estaba cada vez más asombrada de la mala educación que estaban adoptando sus amigas. La decepción era más y más fuerte, porque nunca hubiera imaginado que perderían el respeto y las formas frente a un inmigrante de ese modo.

La gota que colmó el vaso, fue cuando el peruano traía los postres, y el pobre tropezó, generando con ello la caída de un flan casero en el precioso vestido de Laura.

En ese momento, ella se quedó petrificada, y no porque su nuevo vestido había sido manchado, sino porque la caída de éste procedía de la zancadilla que le originó Almudena con el fin de: “Hacer la gracia”.

Jose, desesperado, pidió disculpas tanto a Laura como a su jefe. Sin embargo, esta torpeza sirvió para levantar una polémica sobre los inmigrantes, incluso algunas chicas aprovecharon para insultarle.

La cena finalizó antes de lo previsto, puesto que el dueño propuso a las chicas abandonar el local debido a que la situación era muy complicada e incómoda.

Todas ellas, satisfechas de creer haber puesto en su lugar al sudamericano por su torpeza y nacionalidad, siguieron la fiesta en “Bribón”, la discoteca a la que frecuentaban acudir los fines de semana. Sin embargo, Laura, fingió sufrir migraña de repente y se fue a casa.

Ella tenía constancia de la gran humillación a la que sus propias amigas habían sometido a aquel chico.

Se sentía tan mal, en especial porque él era de su edad, con la diferencia de que él no había tenido la oportunidad de crecer en su vida con estudios, en consecuencia de la mala situación en que se encontraba su país.

Muy arrepentida por el comportamiento de las demás, la protagonista aquella noche no lograba coger el sueño, aunque alrededor de las cuatro de la mañana consiguió dormir algo. Después de haber encontrado la salida a tanta humillación, decidió que iría a disculparse ella personalmente por parte de sus amigas.

Aquella mañana, Laura se dirigió al restaurante y su sorpresa fue que los jueves cerraban por descanso del personal. Desanimada volvió a casa y no salió de allí en todo el día.

Sin tirar la toalla, el viernes volvió para intentar curar las posibles heridas que sus compañeras podrían haberle ocasionado a José.

Al entrar, el peruano, sin pensarlo dos veces, se acercó y, en ese mismo instante, Laura al verlo comenzó a escupir palabras sin pausa, ya que no sabía cómo expresarle sus más sinceras disculpas. Hablando tan rápido a causa de sus nervios, apenas se le entendía y José se interpuso ante los vocablos de ella y le pidió un segundo. Se fue hacia la barra y cogió una bolsa de Zara, que al volver entregó con una sonrisa a la chica. Al abrir la bolsa, vio que era el vestido que se le había estropeado en la cena de fin de curso.

Ella, muy sentimental, no pudo evitar que sus ojos contestaran con dos agradecidas, sinceras y emocionadas lágrimas ante ese detalle.

Al no saber muy bien qué decir ni qué hacer, abandonó el restaurante sin poder si quiera mencionar un simple adiós.

Pasaron los días y Laura se preguntaba el porqué de aquel regalo... ¿Acaso sabía el camarero que Laura volvería al restaurante?

Probablemente eran cosas del destino. Sin embargo, la protagonista no se conformó con esa respuesta y al pasar los meses volvió al restaurante, donde un día se quedó sin palabras y huyó sin más.

Llegó a la fachada y abrió la puerta. Entonces buscó aquella dulce mirada peruana que no había olvidado en todo aquel tiempo, pero desafortunadamente el camarero, había vuelto a su país como resultado de renunciar al maltrato que recibió por parte de la sociedad española de su entorno.

La MAR de salidas

Carmen Belén Fenoy Gázquez



Huellas sobre la arena que se borran cuando sube la marea. Cada una tenía su significado, un nombre, un recuerdo. Y después no queda nada. Sólo historias que se cuentan cuando un día por cierto motivo acuden afables a nuestra memoria.

Tras cada paso se fija una nueva pisada, pero a veces te planteas que para qué darla si puede que se vuelva a borrar, pero puede que permanezcan si el nivel del agua baja, con el riesgo de que queden deformes. ¿Qué hago, piso o no? Me encuentro con la pierna alzada dispuesta a arriesgarme, pero se me presenta otra dificultad y es si hacerlo en un sentido u otro. Quiero seguir de frente, pero no sé si retroceder para buscar mi sitio.

A los que claman justicia pero indiferentes ignoramos.

- Mamá, ¿por qué ese hombre está tirado en el suelo pidiendo dinero con el frío que hace y con una foto de un bebé junto a un letrero?

- Mar, es un pobre hombre que no puede trabajar y tiene que pedir para mantener a su hijito.

Yo no entendía la explicación de mi madre, pero aún así continuamos paseando por la Rambla hacia el anfiteatro para ver una representación que escenificaban unos chicos sordo-mudos. Antes de llegar, paramos en un puestecito donde vendían refrescos y palomitas para comprarme una de esas dulces de colores que tanto me gustan. Cuando llegué a casa, me encontré a papá, recién llegado de un duro día de trabajo, en una sucursal bancaria a las afueras de Almería. Me senté a su lado y le conté todo lo que hicimos por la tarde. Mientras cenábamos, le pregunté: ¿Hay muchos lugares para trabajar en este país? Él, sorprendido ante tal cuestión, me dijo que sí; había numerosos tipos de empleos de diversas caracte-

rísticas, por ejemplo, si quería, de mayor podría ser abogada, cocinera, profesora o cualquier cosa que me gustase y para lo que estuviera preparada.

Mi padre no supo porqué le hacía esa pregunta. Creyó que con lo jovencita que era, ya me estaba preocupando por mi futuro, pero no se trataba de eso. Ya metida en la cama, enfundada en mi edredón de Blancanieves y los siete enanitos, bocabajo, con la cabeza ladeada hacia la derecha frente a la ventana y la mano bajo la almohada, no cesaba en darle vueltas a mi testaruda cabezota. Pensaba que si mi padre decía la verdad acerca del trabajo, porque existen personas con necesidad de pedir y soportar lluvias, viento y frío para sobrevivir. ¿Eran vagos o desdichados? ¿Estaban locos, o quien lo estaba era el resto del mundo? Sin percatarme, caí sumida en un profundo sueño del que no despertaría hasta que a las ocho de la mañana sonase el escandaloso despertador de 101 dálmatas, el cual cuando las agujas del reloj marcan la hora punta, todos los cachorros de la jauría ladran a la vez. Era el momento de ir al colegio. Hoy celebrábamos la campaña del kilo, próxima a las fiestas de Navidad. Ésta consiste en que cada niño lleva al cole comida para destinarla a los que pasan hambre. Los profesores la recogen, observan que está en buen estado y se la dan a la organización encargada de su transporte y distribución entre los que la necesitan. Yo cargué mi mochila con dos kilos de arroz y uno de lentejas. Mi madre dice que es lo que mejor se mantiene y más tarda en perecer, así que aunque a mí me hubiese encantado que los niños de otros lugares probasen los ricos cereales que desayuno cada mañana, comprendí que llegarían estropeados y que ellos no piden maíz cubierto de miel y con forma de caracol, sino alimentos que sacien su apetito y les ayuden a levantarse un nuevo día.

La recolecta fue todo un éxito. Los maestros nos felicitaron, pero nos advirtieron sobre el riesgo que supone colaborar sólo cuando existe algo organizado. Comentan, y con razón, que esto calma nuestra conciencia; y ahora que lo pienso, cuando a mi padre se le acercan pidiéndole dinero o que participe en alguna asociación, él siempre contesta: “Yo también soy pobre, ¿quién me ayuda a mí?” o “Ya di en la recogida de ropa o de comida”. Estas frases me ponen los pelos de punta y hacen que mis tripas peleen para empujar a mi garganta a que grite, pero luego pienso: “Niñata a dónde vas... si tú si que no tienes nada que ofrecer”.

- A lo mejor no tengo dinero, pero cabeza seguro que sí.- Me dije a mí misma.

Como cada martes tenía clases de informática con mi profe Mateo, quien nos enseña a manejar Internet. En este día nos enseñó para qué sirven los buscadores y cómo se usan. Al llegar a casa fui de prisa al estudio donde se hallaba el ordenador de mi padre. Lo encendí y allí estaba el magnífico mundo de Google. Puse en práctica mis conocimientos y escribí “pobres”. Lo primero que encontré fue la definición de ACNUR, organismo dependiente de Naciones Unidas; éste especificaba que era toda persona que vive bajo el umbral de la pobreza, es decir, que tiene menos de un dólar al día para vivir.

Después de comer, es costumbre en mi casa sentarse en el sofá mientras se ve el telediario. Ese día puse especial atención. “Cuatro nuevas pateras llegan a las costas de Almería y Granada con un total de 52 inmigrantes subsaharianos, entre ellos 28 menores”, dijo Ana Blanco, presentadora de los informativos de Televisión Española. Esta noticia no era novedosa o al menos la comunicadora así lo transmitía, pues su entonación no mostraba asombro, sino más bien resignación y costumbre. Miré a mis padres, ni se inmutaron. De nuevo tuve la misma sensación, ¿era normal que medio centenar de personas en una misma madrugada arriesgasen su vida para acudir a otro país? Sin percatarme respondí a mi pregunta inicial: “¿Estaban locos o quien lo estaba era el resto del mundo?”. Opté por la segunda opción, aunque las dos respuestas podían ser coherentes, ya que para algunos abandonar todo lo máspreciado para el ser humano y lanzarse a la búsqueda de algo que desconocen para hacer avanzar su sociedad puede ser una locura; por otro lado, la locura reside en todos los que se consideran demasiados listos para creerse arrendatarios del mundo y endeudar sus propias generaciones futuras.

- Hi Mar! tape una vuelta? Toy en ksa de mi abu q esu cumple. Cnd akbe tdoy toq y trecojo.bss

- Bueno, creo que me vendrá bien dar un paseo porque como siga así... ¡Mamá me voy con Paula a la calle! Vuelvo pronto.

- Vale. Pero ten cuidado y no te fíes de nadie.

- Buff, siempre igual. Está bien.

Paula y yo estuvimos caminando por el Paseo Marítimo, ya cansadas de andar, nos sentamos en el muro del Palmeral mirando hacia el mar.

- (Fui directa) Paula, ¿qué piensas sobre que convivan personas de distinta procedencia en la misma ciudad?

- A mí me encanta. Bueno es un poco difícil para entendernos y tal, porque hablamos idiomas distintos y eso, pero sabes lo que flipa ver gente tan diferente, con sus trajes típicos, bueno, bueno y de la comida ni te cuento.

- Ya. Pero entonces porqué aceptamos totalmente a los chinos y nos molestan africanos, paquistaníes...

- Mira, te propongo un plan: Vamos a mi casa, pedimos comida india que está que se sale y vemos un programa que tengo grabado de Nosolomúsica, éste que televisan tarde y en el que recorren países de todo el mundo, te gustará. Y duermes allí, que mañana es sábado.

- Así lo hice. Me apetecía muchísimo, porque Paula tenía cuatro años más que yo, había salido varias veces de España y me podía resolver dudas que ella a lo mejor comprendería mejor que mis padres, por estar más en contacto con esta sociedad de movimientos, para mí naturales, que fluyen por las placas de la tierra.

Acomodadas en el sofá del salón, frente al televisor de plasma, nos dispusimos a ver un reportaje sobre algunas ciudades inglesas, entre ellas Londres y Manche-

ster, que constituían un pintoresco mosaico de diferentes culturas. Me produjo una enorme satisfacción ver convivir gente de distinta procedencia, raza o religión compartiendo un mismo statu y sin recelo, sino más bien todo lo contrario. Quizás sea por la condición de antigua y gran metrópolis que posee el Reino Unido o un rápido proceso de aceptación, pero es llamativo, para los que no estamos acostumbrados, cómo en estos territorios se puede ver salir de un mismo edificio de negocios a un judío, a un latinoamericano o a un indio, sin que ello provoque sorpresa entre los transeúntes de alrededor.

Cuando acabamos la última samosa que quedaba sobre el plato, una especie de empanadilla vegetal aderezada con curry, nos fuimos a la cama. Era la primera noche que dormiría con un poco de oxígeno de esperanza tras ver a aquel vagabundo en La Rambla. Todo puede cambiar, suspiré.

En casa, conté a mis padres todo lo que había descubierto con Paula. Había abierto una minúscula ventana al exterior que no pretendía cerrar, sino que esta oportunidad había despertado en mí la curiosidad de seguir abriendo otras y más grandes. Mamá me escuchó atentamente y luego se dispuso a narrarme hechos acontecidos en la historia de España, que posiblemente desencadenasen la falta de conocimiento intercultural que existe dentro de nuestras fronteras. Durante más de treinta años de dictadura nuestro país había estado cerrado al resto del mundo. En esta época los emigrantes eran muchos españoles que huían de la represión, y pocos eran los que se adentraban en nuestro territorio. Tras la explicación, intentó hacerme ver que todo no era de color de rosa ni tan fácil como yo quería pintarlo, era mucho más complejo; así que prosiguió profundizando con un lenguaje sencillo para que yo pudiese comprenderlo.

-Un país no puede soportar el peso de muchas personas que entren sin poseer un trabajo en la ciudad de destino, y tampoco puede aceptar que la gente viva aquí sin documentación que acredite su estancia. Eso no implica discriminación por el lugar de origen, por ejemplo Mar, si tu quieres irte a vivir a Estados Unidos necesitas explicar porqué te marchas, dónde trabajarás y dónde piensas instalarte.

Después de estos días en la búsqueda de una respuesta para la desigualdad, llegué a una conclusión y es que no existe sólo una vía para resolver este problema, pues se compone de muchos matices distintos. A pesar de todo, algunas premisas se instalaron en mi cabecilla de adolescente. Respecto a la inmigración irregular me aproximé a la teoría de la inutilidad de barreras físicas y a la efectividad del co-desarrollo mediante la cooperación internacional, es decir, ayudar a los países a utilizar mecanismos para que ellos mismos exploten sus recursos, siempre y cuando no se los quitemos. La otra convicción que adopté fue la necesidad de ahondar en el concepto de educación intercultural. En términos económicos y aunque suene demasiado materialista, en la sociedad globalizada en la que nos encontramos inmersos no existen muros para el mercado de las empresas, del cine

o de la música, ni si quiera para el capital humano como herramienta de trabajo; pues bien la idea consiste en dejar de vernos los unos a los otros como máquinas para generar riqueza, sino simplemente como personas pues por mucho que unos nos creamos superiores a los demás, ninguno podemos luchar contra las leyes naturales ante las que somos iguales: nacemos, vivimos, nos reproducimos y morimos.

Desde el momento que nací, tuve la suerte que todos los de mí alrededor se preocuparon de mí. Primero mis padres, los que me trajeron a este mundo que te escucha antes de llegar, te recibe con los brazos abiertos, te llora cuando te vas y tristemente sólo te recuerda cuando algo, que entre rincones guardabas en tu vida, encuentran de ti, ¿por qué estropear ese recuerdo?

LA SONRISA DE IBRAHIM

María Montoya Galera



Había cantado el primer gallo más temprano que de costumbre, Ibrahim se dio media vuelta en el jergón. En aquel momento un perro vagabundo arañó la puerta de su casa, enredándose en su sueño desmadejado, como un fragmento de realidad intrusa.

Ibrahim se vio a sí mismo intentando hacer un agujero en la muralla que le separaba de un paraíso de abundancias sin límite. Persistió en su afán estéril hasta que el primer rayo de luz atravesó el ventanuco y le hizo abrir los ojos.

A pesar de su largo sueño se había despertado sin deseos de salir a la calle, atormentado por la pena que parecía haber enraizado muy dentro de su ser.

Fue el modo inesperado en que murió su padre, después de una fatigosa jornada de trabajo, el acontecimiento que le había sumido en la tristeza. Pasaba el día en la cocina, con los ojos perdidos en la ceniza helada que había bajo las trébedes de la cocina donde su padre preparaba el té cada mañana.

Desde la ventana miraba hacia la noria del poblado; su figura se perfilaba en el naranja del atardecer, como todas las tardes, como si nada hubiera acontecido. Entonces recordó una de las últimas conversaciones que había mantenido con su padre. Una mañana le confesó al anciano su deseo de ver el mar; él se había quedado pensativo.

—Eso quiere decir que te marcharás, que pronto me dejarás solo —concluyó sin mirarle a los ojos; después se levantó y le pidió que lo acompañara.

Caminaron en dirección oeste hasta llegar a un altozano desde el que se podía divisar Atmata y el desierto que la asedia.

Allí le hizo sentarse a su lado. Aquel año las huertas cercanas al pueblo no verdeaban, la sequía se había apoderado de ellas.

Los vientos terrales bandeaban la estructura carcomida de la noria que ya no era más que un testigo del pasado.

Los hombres llevaban a abreviar a las ovejas a puntos lejanos de la geografía y las mujeres invertían gran parte de la jornada en acarrear el imprescindible suministro de agua.

Mientras miraban el paisaje desolado y la fatiga de los hombres y mujeres de su entorno, el anciano confesó a su hijo que cada noche soñaba con un manantial de agua cerca de la roca que separaba su pequeña propiedad de las tierras de Yusuf. Tras hilar todos sus sueños había quedado convencido de que el agua estaba bajo la zarza que crecía bajo la visera de piedra. Ibrahim no dio crédito a sus fantasías y tampoco sus vecinos, que empezaron a desconfiar de su cordura.

El anciano, sin atender consejos, inició los trabajos con entusiasmo, convencido de obtener el éxito que le auguraban los sueños.

La tierra se mostraba propicia y ya desde el primer día consiguió una hondura del tamaño de su cuerpo. Durante la jornada siguiente necesitó la ayuda de Ibrahim y él se la prestó sin convencimiento alguno; lo hizo tan sólo por el respeto que le profesaba a su padre.

Un día oyó gritos de alegría retumbando en la profundidad. Ibrahim se emocionó y subió el caldero a toda prisa, pero lo que su padre le enviaba no era agua sino una concha marina. Después de este hallazgo el pozo se convirtió para el padre de Ibrahim en un encantamiento. Cada mañana, bajaba la escalinata de cuerda y cavaba hasta la extenuación.

Una tarde, súbitamente, cesó el trabajo. Ibrahim se asomó al pozo y el silencio le sobrecogió. Bajó por primera vez la escalinata de cuerda y tuvo la oportunidad de comprobar cuál era la verdadera hondura del empeño. Encontró a su padre muy enfermo, ovillado sobre las herramientas.

Sobre la boca del pozo se oía un silbido prolongado. El anciano pronunció sus últimas palabras: –Hijo, no dejes que el viento ciegue el pozo. Yo sé que hay agua. Dime que seguirás buscándola.

Durante los días siguientes Ibrahim se encontraba tan abrumado por la muerte de su padre que olvidó su única fuente de sustento: el pequeño rebaño de ovejas.

Serva, su vecino, se había hecho cargo de la manada desde que el padre de Ibrahim empezó a cavar el pozo. Después de algún tiempo Serva empezaba a confundir los animales ajenos con los propios. El mismo día del entierro quiso hablar de la separación del ganado. Ibrahim le pidió que cuidara de su pequeño rebaño durante unos días más. Serva se encargó de recordarle cuál era su deber y que no estaba dispuesto a cuidar de animales ajenos sin recibir recompensa alguna. Ibrahim le propuso negociar, había decidido vender la huerta y las ovejas.

El regateo duró varios días. Una tarde de viento mientras se hallaban en plena contienda verbal uno de los viejos cangilones de la noria se desplomó. El fuerte

estrépito dejó a los dos en suspenso. El golpe inesperado ayudó a Serva a zanjar el precio de la venta. Sacó por fin los billetes desgastados de la bolsa de tela que siempre llevaba con él.

Ibrahim entró en casa con la firme intención de abandonar la aldea aquel mismo día. Tomó de la alacena las últimas almendras, algunos higos y dátiles; llenó un odre de agua y lo dispuso todo junto a la puerta; después salió a la calle y comprobó que el cielo estaba cuajado de estrella y la luna alumbraba el camino ocre y polvoriento de Atmata.

La noche era propicia para caminar y lo hizo sin descanso durante horas. Cuando el sol estaba en el cénit pudo divisar un pueblo que se perfilaba desde lejos como una alfombra larga y estrecha al margen del camino. Al llegar descansó a la sombra del pórtico del único café, donde los hombres del lugar pasaban con indolencia las horas más calurosas del día, hablando entre ellos y sorbiendo té. Frente a sus ojos el viento levantaba remotes de polvo que envagüecía los contornos de las cosas.

Ibrahim se acercó a preguntar, pero antes de recibir una respuesta comprobó con estupor que el autocar al que debía subir ya había iniciado la marcha. Corrió tras él tan rápido como pudo. De no darle alcance tendría que esperar dos días antes de volverle a ver. Ibrahim consiguió subir en aquella tartana que se cimbreaba a la menor irregularidad del camino. El viaje terminó al atardecer, después de horas interminables. Cuando bajó de aquel vientre metálico su cuerpo estaba maltrecho, pero había crecido su deseo de ver el mar y corrió hasta él como un niño entusiasmado. Se sentó en la arena, aspiró con fuerza aquel olor nuevo y dejó que la sensación de inmensidad se apoderara de él.

Vagó por la ciudad durante dos días antes de conocer a Tarek, un joven que se ofreció para ayudarlo a viajar hasta la orilla de la abundancia. Dijo estar preparando también su marcha de la ciudad, y tenía, según él, importantes contactos en el muelle.

Ibrahim decidió acompañarle hasta el puerto. Caminaron entre maromas hasta divisar la espalda sudorosa del hombre al que buscaban. Éste al reconocer a Tarek le saludó muy efusivo. Ambos hablaron en clave ininteligible para Ibrahim, que permanecía callado en un segundo plano. Después se enzarzaron en una discusión que tardaron un buen rato en zanjar. Por fin Tarek se acercó a Ibrahim y le comunicó en voz muy baja cuál era el precio del viaje.

Ibrahim no podía pagar aquella cantidad, pero el hombre del muelle que escrutaba sus gestos se acercó hasta él y acarició el amuleto que colgaba de su cuello, se trata de una piedra engarzada en plata que había pertenecido a sus antepasados. Después de observar el objeto con detenimiento dijo que todo su dinero y aquel amuleto bastaban para financiar el viaje.

Ibrahim estuvo a la hora acordada en el lugar indicado. No tenía más opción que seguir el camino que el destino le mostraba, a sabiendas de que estaba transitado por mercaderes sin escrúpulos.

Hacía frío a la orilla del mar. Llegó el primero a la cita, pronto llegaron los que habrían de ser sus compañeros de viaje, entre los que no se encontraba Tarek. Esperaron más tiempo del previsto, pero cuando empezaban a impacientarse se oyó el ruido de un motor avanzando hacia la orilla. Dos hombres bajaron e hicieron los intercambios: embarcación, combustible y un instrumento para controlar el rumbo. Cuando le llegó el turno Ibrahim entregó su amuleto y todo el dinero de la venta de la huerta y las ovejas.

Subieron a la barca. Después de una hora de viaje la humedad calaba sus huesos. Todos hablaban sin cesar, intentando calmar su estado de excitación. Habían oído hablar del lugar al que se dirigían; tenían informaciones diversas y tan halagüeñas que no se les oponía ninguna duda a la decisión de continuar hacia delante.

El mar estaba en calma. Cuando el cansancio les venció, intentaron dormir por turnos bajo una sábana de plástico, pero el frío les impedía conciliar el sueño. Llegó la mañana; la sensación de cansancio se agudizaba y las ganas de hablar habían desaparecido. Poco después la superficie del mar comenzó a rizarse y la preocupación se apoderó de los viajeros. El encargado de controlar la dirección dijo que pronto divisarían la costa. Fue a media tarde, cuando la desesperanza comenzaba a adueñarse de ellos, el momento en que divisaron la orilla contraria. Nadie pudo determinar la distancia a la que se encontraban de la tierra firme, pero en todos los ojos brilló la ilusión y se sintieron reconfortados, pero minutos después el motor perdió aceleración y su ruido cesó poco después. Intentaron con desesperación hacerle reaccionar, pero los esfuerzos resultaron inútiles.

El bote de combustible estaba vacío.

Todos habían oído hablar de las patrulleras que peinaban la costa y ninguno de ellos estaba dispuesto a perder la partida ante aquella adversidad.

Tras insultar a Ibrahim por su negativa a abandonar la barca los siete compañeros se arrojaron al agua con determinación, convencidos de poder alcanzar la orilla a nado.

Poco después el mar se embraveció. Ibrahim cogió el envase de combustible y lo ató de las asas a su cuerpo utilizando la propia camisa.

Cuando le encontraron flotaba manteniendo apenas la consciencia. Había luchado durante horas infinitas contra los embates de las olas y contra su propia desesperanza y estaba entrando en un estado de abandono en el que sueño y realidad parecen confundirse.

Al sentirse a salvo comprendió que algo de él se había quedado sumergido para siempre en la profundidad del mar, mientras un nuevo Ibrahim comenzaba a brotar como un tallo joven. No tardó en comprender el auténtico sentido de su

desventurado viaje hasta la orilla de la abundancia: su miedo se había ahogado en el mar y por primera vez se sentía un vencedor.

Al día siguiente supo que había sido la temida patrulla de vigilancia la que le había trasladado al hospital.

Cuando Ibrahim estuvo de nuevo en su ser comprendió que pronto volvería a ver su aldea.

Concluidos los trámites que le catapultarían de nuevo al mundo del que había intentado escapar, fue entregado a Aníbal, un tipo inseguro que al verle interpretó su sonrisa helada como un gesto preñado de malas intenciones, un reto dirigido a su persona. Se dirigió a él y le llamó chusma. Aunque desconocía el significado de aquella palabra, el tono en que fue pronunciada fue elocuente para Ibrahim, pero continuó sonriendo, como si fuera inmune a las ofensas de aquel hombre.

Mientras esperaba la hora del embarque, Ibrahim quiso acercarse hasta la sala contigua para comprobar si entre ellos se encontraba alguno de sus compañeros de viaje, pero Aníbal se lo impidió tajante, plantándole una mano en el centro del pecho. De este modo subrayaba su poder frente a aquel hombre que parecía mirarle con insolencia y cuya sonrisa inquietante había conseguido despertar todos sus demonios.

El barco que le llevaba de regreso comenzó a navegar y la figura de Aníbal que permanecía de pie en el muelle se fue quedando cada vez más pequeña hasta desaparecer tras una bandada de gaviotas.

“Para mantenerse a flote basta con olvidar el miedo”.

Esta era la frase que un día pronunció su padre y que él había repetido como un salmo mientras estuvo solo en el mar. Pronunció aquellas palabras una y otra vez mientras contemplaba la estela efímera que dejaba el barco en el mar.

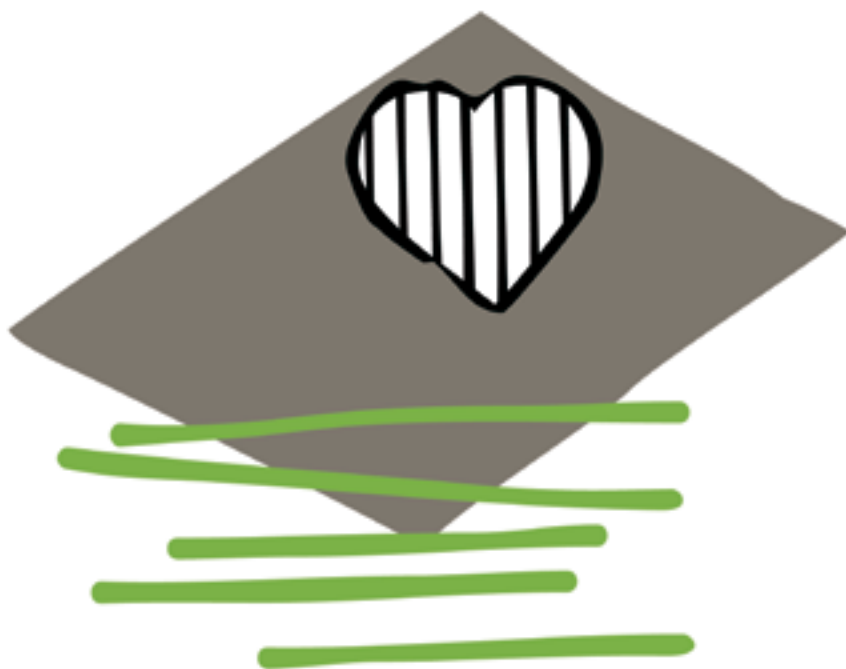
Acodado en la barandilla le sorprendió la noche. Ibrahim vació sus pulmones con fuerza y levantó los ojos hacia la Luna, ella no distinguía lugares, al tiempo que vigilaba la orilla de la abundancia brillaba sobre el pozo vacío de Atmata.

Contempló durante largo tiempo las estrellas infinitas y una sensación de gozo inundó todo ser.

Supo entonces con certeza que era un hombre sin miedo, un hombre libre.

UNA VIDA ENTRE BARROTES

Cristina Khouri Mallot



Desearía ser libre... Ser libre en tu inmensa soledad que crece poco a poco, fundirme en el deseo de volver a conocer la oscuridad que para mí una vez fue placentera... ¿Cómo explicarlo? ¿Cómo ves el refugio en un paraje antes desconocido? ¿Cómo ves el infierno en el ansiado futuro? ¿Por qué? ¿Por qué? No entiendo... los límites de las paredes ya no están, las líneas que se entrecruzaban ante mis ojos..., esa forma de verlo todo..., esos cortes hacia el infinito, hacia el infinito... ¿Dónde estáis? El cielo se tensa ante mis ojos, la vista panorámica cierra el lamento que llevaba dentro, pero no lo quiero, no lo quiero...

- ¡Vamos! Ya es hora de que te levantes de esa esquina y te lances hacia tu nuevo mundo. ¿No es lo que deseabas?

- ¿Yo? ¿Qué?

- Sí, estabas ahí poniendo cara de horror, parecías una serpiente ahogándose a sí misma.

- Pensaba...

- ¿Piensas? A mí ya no me quedan neuronas... Desde que lo dejé...

- ¿Cómo hemos acabado aquí? ¿Es un sueño? Llevo disgustado unos segundos, no mantengo la compostura, algo se me turba en el eje de la realidad...

- ¿Qué te has metido en las venas? ¡Te envidio! Yo estoy fuera de cualquier anomalía... Echo de menos esas tardes de delirios, de... ¡Todavía lo recuerdo! Todos juntos gritando nuestros nombres al vacío, sin sentido del ridículo. Y ahora... ¡todos invisibles bajo su piel de invernadero! Acabaron todos igual, como hubiera acabado yo...

- ¿Qué?

- Nada, sigues en tus tonterías... Deberías de dejarlo, yo no tengo neuronas.

-No sé dónde estoy. ¿Me ayudas a encontrar mis paredes? ¡Las echo tanto de menos!

-¡Estás loco! ¡Oye! ¡Alguien viene! No sé si te estás dando cuenta que estamos en un baño de la comisaría a las seis de la mañana...

-Vaya, parece algún familiar..., vestido de azul. Se acerca hacia mí con un aire resplandeciente, quizás porque tenga buen recuerdo. A lo mejor me lleva a casa o es una pesadilla, sí, porque detrás no veo nada más que los rayitos de luz de las bombillas... ¡Bien! Me coge de un brazo y no sabe qué decirme, simplemente me arrastra hacia unos grandes cristales seguidos de unas escaleras. ¿Mi casa? No, mi casa no tenía esa vista panorámica.

-¿Pero qué te pasa? ¿Tenemos un imán o qué? Llevas desde que te soltamos aquí metido, entre los barrotos que acompañan a las toallas. ¿No deseabas libertad? Corre ahí la tienes. –dice la figura

- ¿Perdón? Estoy buscando mi casa.

Y dale con su casa. Lleva toda la noche diciendo de volver a su casa. ¿No llevaba diez años aquí metido? Yo limpio desde hace 20 años y parece ser que le ha gustado la misma esquina en la que yo alucinaba cada noche, mientras el silencio se turbaba ante vuestras mentes anticriminales. – Chirría el tipo número uno que estaba conmigo antes.

- Sí es cierto. Recuerdo que casi te invitamos a cruzar la puerta, pero hubo algo que te mantuvo aquí. Bueno, ninguno queríamos perderte de vista. Eran muchos años y te debíamos mucho aunque estuvieses en tu peor momento y al final... ¡saltaste a la buena vida! Me alegro muchísimo. Lo mejor es que éste sigue tus pasos, porque mira cómo está. – dice de nuevo el policía

- ¿Yo? ¿Cómo estoy? Simplemente estoy ante la necesidad de buscar mi camino, porque no veo más que miles de proyecciones ante mis ojos, algo que no percibe mi alma en su totalidad ascendente. ¿No veis que en este mundo todo es raro? Hasta el color del día es raro, el olor de las paredes, el del aire... todo cambia, todo se torna ante un hecho tras otro, hay algo que va cambiando poco a poco... Sí, alguna vez lo conocí, esas variaciones de una circunferencia, antes pasada en balde y digo antes como puedo decir hace... Pero, ¿qué es?

- ¡Estás loco! – dice la figura rugosa que lleva la fregona en la mano.

-¡Ya sé! ¡Ya sé! Se siente perdido, ¿no? – Intenta adivinar el segurata.

-No lo sé, me siento angustiado, atrapado. ¿Es que no me veis? Con el alma a rastras, los pies cansados de vivir y mi cabeza a punto de estallar porque no encuentro un motivo por el que seguir. No tengo nada. Se han llevado mis preciados barrotos, mis cuatro paredes oscuras, mi compañía... Ahora... ¡Sólo estáis vosotros y un algo enorme! ¡Necesito ayuda!

- No sé lo que puede pasar. Estará drogado – Otra vez asiente el de la fregona.

- ¡Oh! ¡Pobre! ¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¡Diez años sin ver el mundo!- Grita el azul.

- Pero si no pasa nada, ¡que vuelva con su familia! – con una expresión borrosa y somnolienta...

- ¿No ves que no se encuentra ni a sí mismo? Ven, voy a buscar su historial.

- En este momento me agarro de su pantalón, con un gesto simpático o como raro me levanta, y me lleva hacia un montón de cajones desorbitados. No paro de mirar esos cubos llenos de papeles... Hay separadores, miles de folios escritos con detalles de mis compañeros... Primero uno, luego otro... ¿Qué es esto? ¡Ahora yo! ¡Ha sacado mi vida! ¿Cómo la tienen ahí? Su presencia me hace tener angustia, o su mirada de perturbado, esos ojos descolocados, esa mueca larga y escuchimizada que se desliza ante mi rostro... Me muero de curiosidad, de saber qué esconde entre sus neuronas llenas de casos y más casos inesperados y llameantes como la alarma que se posa sobre todos los coches que se acuestan ahí delante...

- Espera aquí, ahora vengo.

¿Qué es esto? ¿Dónde ha ido? No puedo creer que mis moléculas se escurran ante su ausencia.. ¡Otra vez solo! Completamente alejado de la realidad que rodea la palidez de sus neuronas extravagantes. , ¿qué le pasaba? No comprendo esa manifestación de su estado sudoroso... ¡ahí está!

¿Por qué te metieron aquí? Tu nombre figura como el tuyo, pero tu foto no concuerda... ¿Qué has hecho? – Me dice un hombre corpulento vestido como mi amigo el que desapareció...

No seas tan brusco- grita el policía de antes asiéndole del brazo.

Bueno, bueno... parece ser que hubo un error. Empiezo, antes de encerrarte, los archivos no se comprobaron porque las evidencias del asesinato eran claras. Tu nombre apareció en el IP del ordenador del asesinato y todo concordaba..., pero hemos descubierto que hay otra persona con tu mismo nombre y se ha pasado diez años de lujo, mientras tú estabas retorciéndote en tus barrotes.

¿Qué? No entiendo nada...

Sí, mira. La cosa es fácil, distinta foto y nombres idénticos. Su identificación es la misma que la de otra persona, pero si lo miras a la cara, no percibes rasgo de español. ¿Me equivoco? Con una cara entusiasmada y estrecha, habla como un científico loco, el policía gentil. Ten en cuenta, que es más fácil encasquetarle a un extranjero el muerto, pues muy pocas personas son tolerantes, y la inserción social es cada vez más difícil, no me preguntes por qué.

¡Dios mío! ¿Hasta dónde vamos a llegar? Sus ojos tristes han estado toda la vida ansiosos de vivir, buscando poder asentarse y colorear su rueda giratoria y en cuestión de dos minutos... ¡Diez años consumidos en frío, oscuridad y soledad! Y por si fuera poco, nos topamos con su amor al calabozo abismal, a la siniestra cueva que lo ha resguardado con puñales en la espalda. ¿A cuántos cambios se ha sometido este hombre? ¿Me puedes explicar qué diablos le hace permanecer en un estado de supervivencia? ¿por que no es otro, el mismo que tendrá para aferrarse a la sociedad de nuevo. – Expresa entrecortado el gordito importante.

¿Algo va mal? – replicó sin poder entender nada.

¿Qué vamos a hacer? No es dueño de sí mismo, quiero decir, los barrotes han carcomido toda partícula de hierro en su cerebro, lo han acostumbrado a la jaula. Está perdido. -Se dirige al infinito el delgadito...

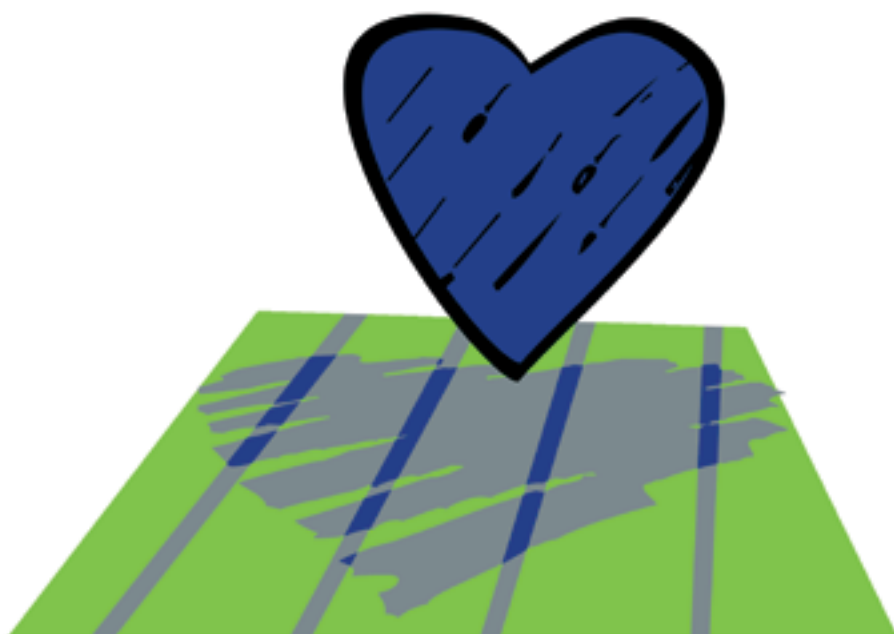
¿Curso de inserción social comisario? – Pregunta entusiasmado el primer policía.

Es demasiado tarde. ¿Qué sientes expresidiario?

¿Yo? ¿Expresidiario? ¿Serías capaz de decirme por qué la gente se mueve tanto? ¿Por qué hay tantos espacios? Yo no sé. Percibo que mi mente se acostumbra a esto, pero hay algo que tuerce el equilibrio entre realidad y verdad. ¿Qué es? Necesito saber, pues me deslizo ante una explosión de emociones que no puedo recopilar, pues mi saber, es menos que el vuestro y a la vez más alto. He aprendido de mi pensamiento, de mí mismo, todos los días en un pequeño cuadrado que me ha empaquetado hasta no ser yo mismo. No hay mayor castigo, pues la locura del hombre se desata con la soledad nostálgica y sin remedio... Una pregunta, ¿con qué derecho mi alma tranquila se desquebraja, mientras una atada por un peso enorme anda libre?

DEFINICIÓN

Antonio Guerrero Ruiz



SalisIa SalisIa SalisIa SalisIa
SalisIa SalisIaSalisIa

Quizás sea excesivo lanzar palabras sobre las partes de su cuerpo, peor sería aún expresar secuelas del sexo, alientos, bocanadas al respecto. No existe, pienso, muchas maneras de descifrar a una persona ejemplar, por eso viene lo increíble de lo cotidiano a decirnos aquello que hemos perdido. Todos los momentos zurdos se entregan en esta incompreensión como las gotas de agua en la lluvia, por eso recuerdo sus ojos cuando caen inevitablemente, sus labios al perderse en los sitios, la piel rotunda al disolverse en la espalda, en cada rincón y escondite de las caricias. Las imágenes vienen y quedan agazapadas a las sienes, se repiten casi hasta las palpitaciones. He intentado callar su nombre en una sensación nostálgica a vagones de tren. Probablemente las formas color canela me han ayudado a disipar las imágenes desagradables de las ultimas horas, porque no pudo pasar desapercibida para nadie. La mejor versión de ella iba regalando desidiosas bienaventuranzas a sus semejantes, bendecidos sortilegios de Criolla. Habitaba en su garganta una forma extraña y desoladora de emoción: extraía de ella todo el amor posible para mi persona. – ¡Ah!, tienes las manos frías- Sentenciaba – Por la Virgen Santísima, restriégate, que vas a coger un mal -.

Una descripción de Salisia podría ser Buenos Aires, un nombre profundo con sabor tango. En todo caso era una extranjera en el país, aunque latina no obstante. Su hedor está tan incrustado en las calles que es imposible reconstruir la ciudad ahora. Confieso que cuando llegué la primera vez a Argentina, recibí una bocanada de aire fresco, tan gélido que enrareció mi garganta. Aquel invierno sospechado, extraño por su ubicación en el calendario, me resultó cuanto menos grotesco. Había llegado de España, de Europa, del momento estival y las vaca-

ciones en la Manga del Mar Menor. Mi cuerpo quedó cautivado a invierno de repente, apenas bajé del avión. - Ya lo sabía -, decía constantemente, porque lo había estudiado en clase de geografía de pequeño. Muy a mi pesar los ocho grados mantenían fría mi nariz y expulsaban un aliento blanco y ahumado.

Antes de conocerla muchos me rechazaron por ser Europeo, incluso algunos pensaron que era Yanqui . La primera vida que tuve fue tibia, dura, con sabor a sangre. Fue difícil encontrar un trabajo digno entre envidias e insultos. Entonces la descubrí, en una calle gris ceniza, casi a punto de perderse entre los taxis y autobuses. Llovía, creo, al menos esa imagen difuminada tiene su rostro como objetivo de la memoria. No voy a decir que el principio se resume en el sexo, porque toda ella era mucho más. Regalaba todo lo que tenía al prójimo, no quería nada para sí misma, solo le importaba la satisfacción de haber querido. Podía hacer increíbles donaciones, perder horas en charlas, en patios de colegio, habilitar las canicas de un niño como entretenimiento al día. Jugar a todos los juegos de las infancias y quedarse allí, cuando horas antes había salvado la vida a un enfermo, o aliviado de estrés a un político con el regalo de un consejo. Era una persona sin contaminar, sin desviar. Puede que otra definición de ella sea la de una niña convencida con cuerpo de mujer; un ser con increíbles facultades y la mayor de todas la inocencia. Por ella decidí quedarme y aceptar sus costumbres, a pesar de no ser aceptado. Algunos quisieron ayudarme para que otros vieran su modestia e hipocresía. Sobreviví, si cabe, como extranjero maldito en un puesto de trabajo como inspector de vías de tren. Mejor dicho, comprobador, a pie, del estado de kilómetros de línea de ferrocarril. En todo momento sus ojos calmaban mi sed, porque ofrecía a toda persona el don de la esperanza, cuando toda lucha es imposible.

Nada de lo que ocurrió después, hubiera sucedido, si el Daprent- Hotel no existiera, o si al menos, nosotros no hubiéramos estado en él. - Yo no la maté -, quiero dejarlo claro, lo que ocurrió aquella noche quedó en un restriego de miradas suspicaces. No pienses, - por favor -, que yo pude hacerle ningún daño. Acepté el ingreso en prisión porque vivir sin ella era un castigo mucho peor. En estas paredes mínimas tengo todos los recuerdos que rebotan y me acarician, a veces me castigan. La imagen del Hotel perdura: los jardines, las luces, el recepcionista. Aquella construcción bicentenaria era regentada por algunos herederos de una familia francesa de la época colonial. En todo caso nos invitaron las autoridades por la festividad local. En mitad de un momento, a medias de un segundo, en el término medio de un instante llegó la crisis para romper todo lo bueno o malo que había sido construido antes: Se derrumbó la planta de arriba del edificio y quedamos atrapados junto a algunos alemanes, norteamericanos, venezolanos y chilenos. Al cabo de varias horas, intentamos encontrar una salida, pero todos quisieron liderar el movimiento, sobre todo los norteamericanos. Entre choques y conflictos despectivos hacia nosotros, intentamos establecer ciertas normas de

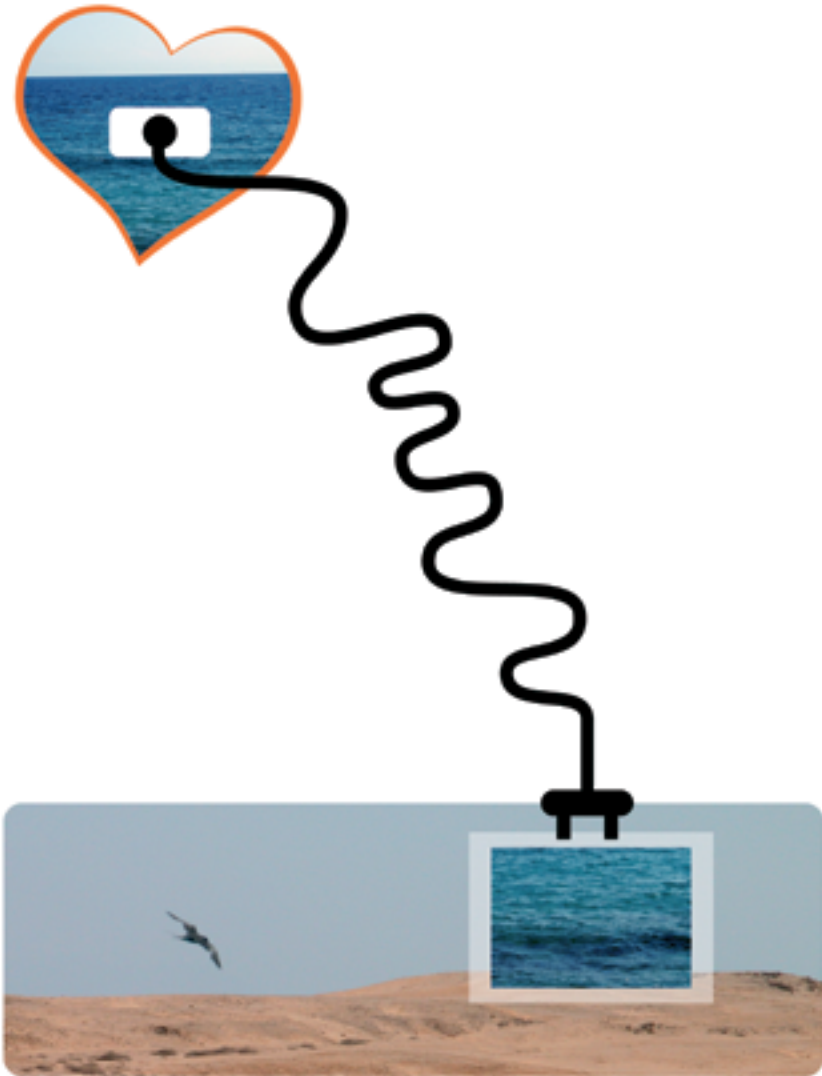
respeto que no fueron cumplidas. Algo más tarde encontré la manera de salir, a través de una galería forjada por el derrumbamiento y oculta bajo unos muebles semidestruidos. Encontré una manera de ser imprescindibles para ellos, puedo decir incluso que les salvé la vida. Entonces empezaron a respetarme por primera vez desde que llegué a ese país. Toleraron otras ideas diferentes. Descubrieron que la única manera de salir era cooperando con los únicos seres humanos que allí estaban, porque yo tenía algo que ellos necesitaban. Leo Gramüller lo reconoció una vez paso todo, cuando se dirigió a mí y se interesó por España, por Buenos Aires, por la manera tan diferente a la suya de ver las cosas y al mismo tiempo tan necesaria. Leo reconoció también que las autoridades locales se habían portado muy bien con nosotros, que no podía regresar a Alemania sin un pedazo de este país, porque había sido parido de nuevo y es como si fuera suyo.

No puedo decir que todo salió bien. Poco antes de salir se derrumbó una parte de la gruta. Salisia quedó atrapada entre dos placas de hormigón. Me quedé perplejo casi sin respiración ante la impotencia de no saber que hacer en esa situación. Creo que tarde más tiempo que ella en entender lo que estaba pasando, porque ella sí llegó por sí misma a una conclusión. Por eso me engañó para que ayudara a una señora venezolana atrapada por las ropas en unos salientes. El tiempo fue mi peor enemigo, justo cuando decidí regresar a su lado y la gruta estaba a punto de cerrarse, ella misma provocó el derrumbamiento total para salvarme. Antes que yo, ella supo que no podía salir de esa oscuridad subterránea, subsumida bajo el desaire de un día festivo. Allí quedó para mi tortura, aquella persona digna de ser llamada como tal y quedó sola, entre trozos de piedra pulida sin ser ayudada a pesar de ser la que más había ayudado.

El juez me condenó por omisión de socorro, pero no me importa. A ti Eduardo, compañero de celda, puedo decirte que no fui yo quien la mató, fue ella quien me mató a mí. Sin su sangre Criolla, su nariz de canela, me es imposible reconstruir el mundo. Recordaré siempre sus palabras: Si todos fuéramos niños, el mundo sería un Jardín. Si todos los niños fueran iguales, el mundo sería aburrido.

RECUERDOS DE NADIRA

Fernando Tuvilla Rayo



Siento claramente su voz como un susurro lento y templado en mi oído. Lo recuerdo (yo no tengo derecho a pronunciar aquellas palabras que transformaban su tristeza en miel ni atrapar su silueta, con mi cámara digital, mientras se confundía con esta fina línea marina que a todos nos pertenece) cogida a mi mano, firmemente unida a la tierra, sin más raíces que las protectoras miradas de los bañistas. Éramos pocos los que quedábamos frente a las salinas cuando el sol iba lentamente transmutando su luz en oscura soledad a este y al otro lado del mundo. Buscábamos algún rincón en dónde poder ocultarnos de la presencia del agua. Y, al mirarla comprendí que su vida tenía aire y viento, sol y sombras, espacios abiertos y un enorme vacío.

“Yama ainik ain enaya”. Nos decía, con lógica, algunas tardes; cuando peinadas sus trenzas con aceite de clavo y, vestida con su hermosa mehlfa negra, volvíamos a la ciudad.

Entonces, “Yama ainik ain enaya”, no significa nada para nosotros y mucho menos los signos geométricos que dibujaba con el tenue cosquilleo de sus dedos, untados de henna, en las palmas de las manos de Andrea, su hermana adoptiva e hija de mis deseos.

-Decía que traen suerte, que es como leer, en el kitáb de la vida, su nombre; el mismo nombre que marcó Nadira, una y otra vez, sobre la acuosa arena de la playa de Cabo de Gata.

Nadira, nació bajo el signo de Aries y era tan etérea como primitiva e imprevisible. Todos los dones de Eva le brotaban cuando sentía que nuestro mundo no era el amanecer violáceo de su tierra; cuando las prisas por llegar a la costa le impedían respirar el aire agotador de julio y, nosotros, ajenos al ritmo lento de medir

su tiempo, cerrábamos la ventanilla del coche para sentir el frío aire acondicionado. Como Eva, sabía usar las palabras justas con que provocar sonrisas ingenuas que bajaban de inmediato los cristales y, al ceder a sus demandas, presumíamos sudorosos la calima de la tarde una y sesenta tardes.

Nadira no pudo nacer en otra Wilaya que no fuese Dagla. Es señal inequívoca ese oleaje que tanto le atrae, ondeante y de frío atlántico. Y como el mar deja aromas exóticas, las piedrecillas primorosamente talladas o el cristal pulido, Nadira también deja al arbitrio del agua su insondable misterio, una tímida sonrisa y un deseo de sirena, siempre inabarcable, como el mar.

Como quien habla sola y todo el mundo le escucha recordó con la rotunda seguridad del trueno, que las cabras, en su país de refugiados errantes, comen mangas de camisa y gachas de cartón mientras, bajo la luna llena y las brasas de las fogatas, los ancianos cuentan historias de Shertat: un animal que al igual que los demás animales, habla y se relaciona con los humanos.

-¿Sabéis que dice Shertat en un cuento? Nos decía una y otra vez jugando a los acertijos como si atrapásemos luciérnagas entre la espuma.

-“Yama ainik ain enaya”. Eso dice. Y eso digo yo, casi siempre. Me sale sin pensar.

Nadira, le otorgaba a “Yama ainik ain enaya” un significado casi mágico cuando, después de broncearse su finísima piel de té, corría con la bicicleta por el parque. Ella, presumía de sus largos cabellos de azabache rizados dejando una estela de reina olor a frutas del bosque y, al observarla, nos respondía:

-“Si quieres comerme, cómeme”. Sin inmutarse. Como quien tiene el don de leer tus mejores pensamientos.

A veces, Nadira, nos confundía al afirmar que tenía tres televisores, dos cabras viejas y un camello jorobado y, que los yogures, a pesar de tenerlos por miles su mudárris en un pozo, no le gustaban. Pero, bajaba sigilosa las escaleras (durante nuestros agotados y burgueses sueños) para comer patatas fritas sabor a jamón, pan con queso y chocolate; ver las películas de no importa que cadena pensando como llevarse aquellas imágenes en su bolso de viaje; hasta el día que gritó, en mitad de la noche, mi nombre. Tenía que comprarse un cable largo y sin fin que permitiera que, al otro lado de la orilla, los suyos, los de siempre, pudiesen ver reflejado, en sus ojos, el arco iris de nuestra hipnótica “caja de 25 pulgadas”.

Fue entonces cuando descubrí sus deseos: conocer el secreto de la luz y los enchufes, del teléfono, de los cajeros automáticos, el precio exacto de las cosas, el mecanismo del ascensor, del nacimiento de los niños, cómo obtener un pasaporte, del matrimonio entre enamorados, el significado de nuestras imágenes, del cómo las llaves abren puertas y nuestros corazones laten más deprisa....

Su mirada, color caramelo, era como una brújula señalando al centro de la ternura y de repente, como una ola que te empuja de espaldas, te zarandea, te sacude como una manta, te enharina en sal y te despide hacia la orilla, se alzaba

Nadira. No siempre ocurría esto, solo cuando la llamaban por teléfono. Su padre le hablaba como quien dicta un decreto desde el desierto. Entonces, como por hechizo cambiaba el sentir de las cosas; te hacía inquilino en tu propia casa.

Como decirle, entonces, que me veo como un hombre relativamente feliz y cotidiano, envuelto en las mismas pequeñeces y dentistas de todo hijo de posguerra, que lee el periódico y se enamora y va al teatro y que de pronto, instantáneamente, en un cine, en un sueño, en el supermercado, esperando el autobús, deja de ser él-y-su-circunstancia y sin razón alguna, sin preaviso, sin el aura de los inocentes, sin la crispación que precede a las grandes dolores de cabeza, sin nada que le dé tiempo a apretar los dientes y a respirar hondo, es un sin nombre como ellos, una masa informe sin palabras ni caras ni principio ni fin pero ya un “don nada de hombre” (con la patria robada y la palabra encerrada en el epicentro de un reloj de arena) algo que solamente puede ser un sin “papeles” y además en seguida, inmediatamente. El infierno puede arder porque este hombre cogerá el teléfono y empezará a hablar aunque sus deseos se abrasen en el desierto y sienta fuego entre las orejas, aunque su mujer lo llame porque se está enfriando el té de medianoche, aunque se cubra de arena el traje de su boda, aunque ocurran cosas tremendas en el cielo de enfrente y haya que escuchar las noticias por la radio del fin de los tiempos o salir corriendo en busca de una patera o buscar una estrella sobre el más viejo dromedario; este hombre deseará, al menos, ser un breve hombre digno de recuerdo. Y para ser recordado nada mejor que la palabra dictada en la distancia.

El dos de Agosto, junto a mí, estaba Andrea. Junto a Andrea, Nadira, que salió corriendo como empujada por el viento para los dormitorios de la primera planta. En el cuarto de baño perdió el aliento cantando. La oímos rezar hacia levante repetidas salmodias acompañadas por la monótona caída del agua del lavabo sin descanso y, de súbito, como quien ve una salamandra corretear por el techo, gritó: ¡Una piedra negra! ¡Quiero una piedra! Una rareza del carácter de Nadira

– no sabía calificarla de otro modo- en pedir, voz en cuello, como una posesa, una piedra. ¡Una piedra negra!

Durante doce minutos, por lo menos, permanecimos sin decir palabra ni apenas saber del color de nuestras pupilas; solo compartimos el pausado gorjeo de las palomas que se posaron en el tendedero del patio mientras, entre todos, recogimos el agua esparcida por el suelo.

En lo que a mi respecta, con una piedra de la calle en la mano, discutí mentalmente ciertos temas que habían constituido nuestros debates llegando a la conclusión de que una simple piedra fuese o no algo más que un amuleto, más que un esbozo de creencia, más que un sudario de preguntas formuladas hábilmente.

Nadira, cogió la lastra, como quien cree que su vida depende de ella, con el corazón en un puño. La limpió y besó repetidas veces a medida que iba cubriéndose, de pies a cabeza, con una sábana.

Un breve “lo siento” fue suficiente para volver a pronunciar “Yama ainik ain enaya” deambulando de un lado para otro junto al gran ventanal que se abría al parque. Miró la luna que emitía un anaranjado resplandor y se inclinó hacia el horizonte. Sola, quería estar sola, para evitar que nadie descubriera el secreto de las flores, la tenue caricia de los astros, el íntimo misterio de sus plegarías; sola, como quién da a luz entre las dunas del Sahara sin miradas impías ni olor varonil que la circundara.

- “Los hombres y mujeres rezan por separado”. Afirmó, invitándonos a salir con el vaivén de sus finísimos dedos que dibujaban promesas en el cristal, al menos, por un momento.

-¡Os contaré una historia de Shertat! Dijo mirándonos con voz sabor a menta y la ternura de un pajarillo caído de su nido. Y allí quedó con aire y viento, sol y luna, espacios abiertos y un enorme vacío como quien busca soledades y encuentra lejanas presencias.

El quince de agosto, cuando las estrellas cumplían su misteriosa aparición y sus oraciones se apagaban como la llama de una vela, Nadira creyó durante mucho tiempo estar viendo el mundo de un modo distinto al resto de nosotros. Así era. Ella poseía el don de las palabras que curan la pobreza e invocan cinco veces al día un paraíso impermeable. Un don de miradas proverbiales cargado de cúmulos plomizos, de truenos sin destello y cataratas en un firmamento lleno de nada. Esa misma nada que la hacía misteriosa a la par que dueña de nuestros corazones expectantes.

Bajó sigilosa las escaleras como quien deja huella sin manchar la alfombra. Una huella plena de aromas incubadas en dos culturas que se atraen y retornan en ánimos difíciles; salvo en la fragilidad del mirar y los acordes de voz con que poner nombre a las cosas. Fue entonces cuando nos colocó sentados por edad y rango (bajo el cielo polvoriento de la Jaima que tuvimos que imaginar en medio del salón), de izquierda a derecha como en una tirada de razones amorosas no acorde con las leyes de la lógica y, tomando aposento en el centro de aquella margarita protegida de la nitidez de las horas y de los ruidos de la calle, sentada sobre los talones, Nadira, nos confirmó el significado de Yama ainik ain enaya” dejándonos el sabor de la canela a medio paladar.

- Un buen día Stertat se encontraba en la jaima con su madre. Inició su relato Nadira.

- Ese día, como era costumbre, tenía más hambre de lo habitual y le rondaba por la cabeza la imagen de una cabra para comérsela. Fijándose mucho en su madre, empezó a verla con aspecto de oveja. Shertat la miró fijamente a los ojos y le dijo, “Yama ainik ain enaya”...

- ¿Pero qué significa? Le increpó Andrea con la impaciencia de los inocentes.
- “mamá, mamá tus ojos parecen los ojos de una oveja” eso significa más o menos.

- Yama ainik ain enaya”. Prosiguió Nadira, con desaire, su relato.

- Y la madre respondió, sabiendo que Shertat estaba hambriento, “¡mis ojos no parecen en nada a los de una oveja pero si quieres comerme, cómeme!”

- Fue entonces cuando Shertat se la comió. Nadira concluyó ausente al tiempo que comprendimos, en silencio, aquel humano mensaje.

Nadira pertenecía a la stirpe de quienes ponen nombre a los colores de la arena, nombre a los vientos, nombre a los cometas; también nombre a los distintos gestos de nuestra humana condición invitándonos a percibir -en el silencio que todo lo ocupó- que en su tierra de vientos y astros todo lo que les rodea se encuentra en los límites de la pobreza. Allí no existen las prisas, todo es pausado. El tiempo no tiene sentido y los padres se llaman Mohamed, como todo el mundo. Pero, las palabras poseen un poder mágico para que el hambre no asome ni aceche a las decenas de niños que salen de todas partes, que junto a sus madres esas mujeres espigadas, morenísimas como la miel añeja, son herederas de tan noble tribu.

Y el ¡cómete! fue el mejor Yama ainik ain enaya”; nuestro más frágil regalo envuelto en papel de seda. Un “Nibuin igbala” (te quiero mucho) disimulado, casi prohibido que también lanzamos hacia Nadira como castillos artificiales.

Nadira, con voz melosa nos aseguró que Shertat nunca devoraría a su madre, que el estómago se le cerró el mismo día que nació, que era la forma de expresar el cariño disimulando la falta de los desposeídos en medio de la nada. Y nosotros no supimos como expresarle que nuestro cariño también devora, que a veces no la comeríamos, que era tan linda como una rosa de dulcísimo aroma; una frágil rosa dónde la luz tamiza el arco iris.

El quince de agosto estábamos en deuda con una niña de diez años. Diez años en ausencia de una vesícula extirpada por “Tanatos” y una enorme cicatriz que cubre con sus brazos. ¿Cómo corresponderle con “caperucita roja”, “Blanca Nieves y los siete enanitos”, “el soldadito de plomo” o “Alí ba ba y los cuarenta ladrones”? En todos hay riqueza, soberbia, poder, envidia y un todo recubierto de amargo sabor de boca. ¿Cómo decirle que la queríamos sin besos; que compartíamos su extraña forma de ver las cosas; que la felicidad es su gran sonrisa expandida como el aire por nuestra casa plena de luz? Todos, con el deseo celosamente guardado en nuestras pupilas esperamos un año más de acogida para expresarle a nuestra saharauí del alma aquel “Yama ainik ain enaya”; nuestro “Nibuin igbala”. Pero ese día fue arrancado irremediabilmente del almanaque.

Hoy sabemos que Nadira vive -con sus padres y ocho hermanos en Dajla- en el epicentro de un reloj de arena. Hoy cumple catorce años y la quieren casar con un primo doce años mayor que ella. Nadira, no posee la llave que

abrirá o cerrará puerta alguna ni la palabra justa ni el nombre de las cosas ni la pregunta ni la respuesta; sólo, tan sólo posee nuestro recuerdo que se borra poco a poco a medida que el sol dibuja un vacío horizonte en sus ojos y, la olor a frutas del bosque, la hacen una reina de largísimo cabello color azabache rizado, montando en bicicleta por el parque. Inmóvil, atrapada en un marco de cristal turquesa que respira nuestros deseos sobre la mesita de noche de Andrea.

El teléfono ya no emite el revocado eco de nuestra insistencia ni recibimos sus cartas polvorientas. Tan sólo nos queda la piedra negra de sus oraciones impermeables como un talismán para sabernos aislados de su presencia.

Un año más su nombre no aparece en el listado de embarque ni su rostro ni su cansancio. Sólo guardamos celosamente la fotocopia de su pasaporte que expira el tres de agosto de dos mil siete; una dirección en la rue Franklin Rooservert en Argel que no es la suya y la sentencia de que este documento es personal. No puede prestarse ni enviarse por correo.

Como decirle, ahora que me siento relativamente infeliz y cotidiano, que leo el periódico y paseo frente al mar y que dejo de ser yo y mí circunstancia y sin razón alguna, sin preaviso, siento claramente su voz como un susurro lento y templado en mi oído:

-“¡Si quieres comerme, cómeme!” Le oigo susurrar como quien tiene el don de leer mis mejores pensamientos.

